

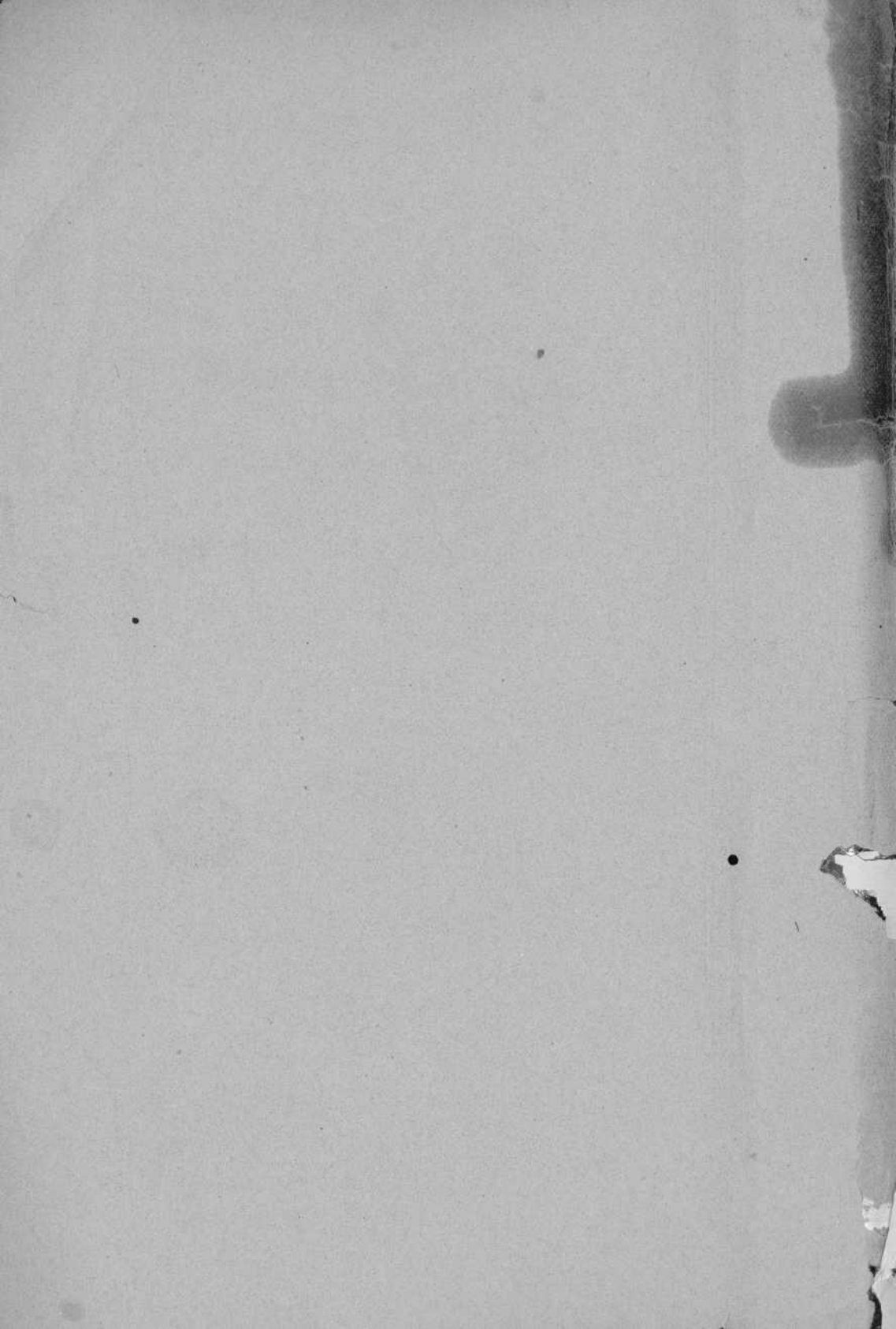
RECUERDO
DE LA
PRIMERA ROMERÍA
AL SANTUARIO
DE NUESTRA SEÑORA DE LOS MILAGROS,
PATRONA DE ÁGREDA Y SU TIERRA.



BARCELONA:
TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, núm. 5.

1891.

S. F.
023



RECUERDO.

B.P. de Soria



1063264

SS-F 0-23



ILMO. Y RDMO. DR. D. JUAN SOLDEVILA,

OBISPO DE TARAZONA.

R. 13.500

RECUERDO

DE LA

PRIMERA ROMERÍA

AL SANTUARIO

DE NUESTRA SEÑORA DE LOS MILAGROS,

PATRONA DE ÁGRED A Y SU TIERRA,

CELEBRADA

EN LOS DIAS 7 Y 8 DE JUNIO DE 1890.



BARCELONA:

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, núm. 5.

1891.



OBISPADO DE TARAZONA.

NOS EL OBISPO DE TARAZONA, ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE LA
DIÓCESIS DE TUDELA, ETC., ETC.

Por la presente y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el *Recuerdo de la primera Romería al Santuario de Nuestra Señora de los Milagros, patrona de Ágreda y su tierra, celebrada en los dias 7 y 8 de Junio de 1890*, mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.

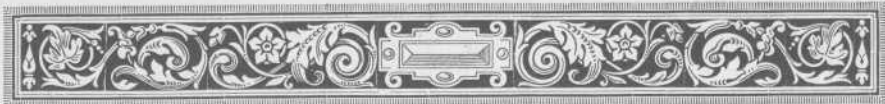
Tarazona, 9 de Mayo de 1891.

JUAN, Obispo de Tarazona.

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi señor:

DR. VICTORIANO HERRERO,

Canónigo Secretario.



PRÓLOGO.



El brillante resultado obtenido por la peregrinacion agredana era digno de un monumento que lo recordara; los nobilísimos acentos arrancados del corazon ante la Virgen de los Milagros, y llenos de la más ardiente gratitud á la Iglesia católica y del más puro amor patrio, justo era que no quedaran encerrados entre cuatro paredes, sino que resonaran por todos los ámbitos de España, y al oírlos se sintieran movidos todos á imitar el hermoso ejemplo de sus hermanos de Agreda.

Así lo entendieron desde luego el Director y demás señores de la Junta gestora de la peregrinacion, pareciéndoles que un libro que diese noticia y fuera eco fiel de lo que en Agreda se habia dicho y se habia hecho, seria digno coronamiento de esta imponente manifestacion católica. Y esta es la razon porque, después de vencidas no pocas dificultades, sale hoy á luz el presente libro.

A más de que la gratitud parece siempre bien en hidalgos pechos, y los romeros agredanos no podian dejar de manifestar que están agradecidos á su amada Virgen de los Milagros, tres motivos principales tenia Agreda para iniciar esta espléndida manifestacion. Uno de ellos, propio y peculiar de su comarca, era el pedir bendiciones para sus campos, que años hacia venian rindiendo menguadas cosechas, y en el presente no parecian prometerlas mejores. Hoy Agreda y su tierra confiesan con júbilo que la Virgen ha escuchado

sus súplicas y ha derramado sobre ellos con espléndida mano sus preciosos dones.

El segundo motivo, aunque de interés general y de universal gloria para toda España, todavía se refiere á Agreda de una manera particular, por corresponderle á ella la más noble parte en esa gloria y en ese general interés. Era ésta la pronta beatificación de la venerable Sor María de Jesús, honor de Agreda y ornamento insigne de España, que la crió en su seno y le comunicó aquel espíritu netamente católico con que los hijos de este pueblo hablaban á sus reyes con el noble respeto y con la varonil entereza con que un buen hijo puede hablar con su padre; y éstos, como buenos, no se desdénaban de oír un consejo de labios de sus súbditos, por más que estos labios fueran los de una santa Religiosa, sin más títulos de nobleza que su inteligencia esclarecida y el esplendor de sus heroicas virtudes. Confiada está Agreda que ha de alcanzar pronto esta gracia de las manos santísimas de María, á cuya honra consagró siempre su vida y sus talentos la egregia escritora de la *Mística Ciudad de Dios*.

El tercero, de trascendental interés é igualmente propio de todo español genuino, era pedir remedio, por intercesion de la Virgen, para los males de la Iglesia universal, y brevísimo término para las tribulaciones de la Iglesia española.

Motivo es éste que debiera poner en movimiento á millares de católicos españoles y llevarlos á los santuarios de María. ¡Que cuando se está viendo el constante trabajo de las sectas, y cómo se unen y reúnen haciendo alarde de sus fuerzas y poniendo miedo con sus gritos y rugidos en el corazón de los débiles, y arrastrando tras sí engañadas á esas pobres muchedumbres que formó la Iglesia católica, amamantándolas con la sangre de sus venas; no parece bien que los católicos españoles se duerman, ó vivan arrinconados dejando el campo libre al enemigo, huyendo de él al oír sus gritos ó escuchar tan sólo sus bárbaras amenazas! Ciertamente que nuestros padres, acostumbrados por tantos siglos al silbar de las balas y al cruzarse de las espadas y lanzas, no habían de poder reconocer por suyos á unos hijos á quienes con solas palabras se les pusiera en vergonzosa fuga.

Tienen en nuestros días altísimos fines que cumplir las peregrinaciones católicas, entre las cuales no ocupan el postrer lugar el dar público testimonio de que no nos avergonzamos de confesar delante de los hombres y á cara descubierta á Cristo nuestro Redentor, y el desagraviar públicamente á Dios y á su Madre benditísima por los escándalos que en público se están dando en esta

tierra eminentemente católica. Demostraciones con las cuales impedimos que cubran de vergüenza y de rubor el rostro de la madre España ciertas manchas que en él quieren imprimir hijos extraviados.

Entendemos además que en los tiempos que corremos es de suma importancia, por no decir de gran necesidad, congregar por medio de estas reuniones á nuestro pueblo, y hacerle ver claramente los peligros que le rodean y las emboscadas con que los sectarios pretenden cogerle; procurando también que conozca con toda evidencia lo que debe al Catolicismo, que le arrancó de la esclavitud, y le suavizó todas las leyes y le consoló en todas sus penas y le socorrió en todas sus necesidades; habiéndole hecho además respetable y respetado en todas las naciones y climas.

Para que no se olvide, es bueno también en estos casos recordar cuál ha sido la marcha triunfante que á través de los más rudos combates y sangrientas persecuciones ha seguido siempre la Iglesia católica, sembrando á su paso el mundo de héroes y de Santos, alumbrando las inteligencias de los sabios y tomando con amor de madre la tutela de los pequeñuelos. Estos recuerdos ensanchan el corazón y avivan la confianza en la fuerza invencible del Catolicismo, que sobrevive á todos los tiranos y á todas las tiranías; que aplasta por fin á todos sus perseguidores; que de todas sus tribulaciones sale siempre gloriosamente triunfante con mayores fuerzas, con nuevo vigor, con su juventud perpetua, dispuesto siempre á continuar sus combates y á proseguir la serie de sus no interrumpidas victorias.

Y como á fuer de españoles nos juntamos siempre, como es natural, en las casas de nuestra Madre, en los palacios de nuestra celestial Reina, fortaleza que fué de nuestros padres, é inspiración y luz de nuestros sabios; puestos ante Ella es cosa dulce y santa traer á la memoria las maravillas que con su ayuda obraron nuestros mayores, y como Ella fué el origen de todas nuestras glorias, y cómo en España no hay ni ha habido jamás cosa verdaderamente grande que no haya sido verdadera y genuinamente católica, y cómo la impiedad es advenediza en esta hidalga tierra española, en la que no ha servido sino para dejar caer por el suelo las grandezas de nuestros antepasados, ni el pueblo le debe otra cosa que el haberle quitado el pan de las manos y la fe del corazón, dejándole en perspectiva como hereñcia una vida desdichada, y como término una muerte pésima.

De esta manera estas gallardas manifestaciones contribuyen poderosamente á arrancar las bendiciones del cielo, á dar aliento á los débiles y luz á los que carecen de ella, y á que todos mutuamente con el ejemplo y con la palabra

nos fortalezcamos y cobremos nuevo vigor, para continuar con la ayuda del cielo peleando las grandes batallas de Dios.

Tal es el blanco que, bajo la direccion de los Prelados que el Espíritu Santo puso para gobernar su Iglesia, se proponen y deben proponerse estas santas cruzadas. Los medios necesarios para alcanzar estos fines, son: públicas y fervorosas oraciones, confesion dolorosa de los pecados, acercarse debidamente á la Sagrada Mesa, y oír ardientes exhortaciones.

Por fortuna en pocos años hemos visto en España muchas y muy numerosas y muy santas romerías que han llenado de consuelo á todos los buenos. Si la presente ha cumplido ó no con todos sus deberes, claramente lo dice este opúsculo (1). Por el número de los que en ella formaron, ciertamente no fué de las últimas, mas por el entusiasmo de sus corazones no creemos que fuera la segunda.

Agreda, punto escogido para las frecuentes reuniones de nuestros reyes en los tiempos de la Reconquista; histórica poblacion que conserva recuerdos de casi todas nuestras pasadas glorias; rodeada de pueblos de sencillas costumbres, enamorados y casi enloquecidos con el amor á la Virgen; cobijada bajo el manto de su Virgen de los Milagros, parece ser la llamada á dar carácter á estas grandes manifestaciones nacionales.

Creemos y esperamos que no ha de ser ésta la última. Si el Señor nos concediera la dicha de ver elevada al honor de los altares á aquella gloria de Agreda y de España, la venerable Sor María de Jesús, ocasion hermosa seria ésta para que España acudiera allí á dar testimonio de gratitud á una de las más grandes figuras del siglo XVII, á rendir homenaje de admiracion á la santidad asombrosa, á la portentosa sabiduría de aquella española que supo

(1) Para que en él nada falte y se pueda formar cabal concepto de lo que ha sido la Peregrinacion agredana, contiene este libro en primer término los tres discursos que ante la milagrosa imágen de la Virgen pronunciaron los PP. Pio Mareca, de la Orden de San Agustín, y Juan B. Ferreres, de la Compañía de Jesús, durante la Peregrinacion, y el P. Juan Melé, misionero del Sagrado Corazon de María, en el día de la octava. Siguese después una hermosa relacion del origen y aparicion de la Virgen de los Milagros, y por fin la reseña cronológica de la Romería.

Dejamos á los lectores el placer de juzgar por sí mismos del mérito de estos trabajos. Por complemento del cuadro acompañan tambien los seis preciosos grabados debidos al acreditado artista D. Paciano Ross. El primero es el retrato del insigne Prelado que se dignó presidir la Romería. Representan los otros la vista del magnífico templo de los Milagros, el retrato de la Venerable Madre Sor María de Jesus de Ágreda, la viñeta de la aparicion de la Imágen, y los retratos de los Párrocos de Nuestra Señora de los Milagros y de San Miguel de Ágreda.

decir las más profundas verdades teológicas con la más castiza y elegante habla castellana; talento admirable que trata las más escabrosas cuestiones con una facilidad que llena de admiración á los mayores sabios; vírgen delicada que desde el rincón de su celda parecia tener ante sus ojos y dirigir con superior prudencia y extraña perspicacia los asuntos políticos y militares de toda España en tiempos ciertamente azarosos, y á la cual sin duda debe más nuestra patria que á muchos de sus políticos y afamados guerreros.





ALTAR PRINCIPAL DEL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS MILAGROS, PATRONA DE ÁGREDA.



DISCURSO DEL P. PIO MARECA.



SENSIBLE es, verdaderamente, no poder insertar aquí íntegro, con todas sus bellezas y primores, el magnífico discurso que, con tanta elocuencia y sabiduría, como energía de expresión, pronunció el día 7 de Junio el muy Rdo. P. Fr. Pio Mareca, agustino recoleto.

Sensible, decimos, y muy mucho, porque trabajos de tal índole y naturaleza, discursos de tan alto vuelo y elevación, no pueden ser en manera alguna debidamente sustituidos por reseñas ó extractos, aunque sean hechos con el esmero y fidelidad que se puedan desear.

Es el orador aludido uno de esos talentos privilegiados, que con su poderosa inteligencia todo parece que lo comprenden y dominan; un hombre que en el estudio lleva consumida casi toda su vida, y más de cuarenta años en la enseñanza de la Teología y del Derecho; versadísimo, además, en la Historia Sagrada y Profana, ciencias físicas y otros ramos del saber.

Y de tales inteligencias, de hombres de tanta profundidad y extensión de conocimientos, no es extraño que salgan obras del mérito y valor de las de este orador sagrado; obras maestras, que de no producirse íntegras, de tener que ser reseñadas por mano que apenas sabe manejar la pluma, no pueden menos de perder mucho de su belleza y valor.

Esto, cabalmente, viene á hacer mayor nuestra pena y sentimiento de no habernos podido proporcionar íntegro el discurso; mas ya que eso no ha sido posible, por la circunstancia de haber sido en cierta manera improvisa-

do, forzoso nos será limitarnos á insertar los apuntes que por fortuna nuestra tuvimos la feliz idea de recoger, y que, aunque ligeros é imperfectos, y que por lo mismo habrán de desfigurar y deslucir la obra, gustosos vamos á reproducir con cuanta fidelidad nos sea posible, para complemento del histórico *Recuerdo* de la famosa Romería á la Virgen de los Milagros.

Vivamente impresionado el orador por el espectáculo que á su vista ofrecia una peregrinacion de unas 14,000 almas, unidas todas por el mismo lazo de amor y devocion á la Virgen de los Milagros, por más que bien diversas por sus costumbres, genio y carácter, y presidida por el Excmo. é Ilmo. Sr. obispo Dr. D. Juan Soldevila y Romero, y el muy ilustre señor Gobernador de la provincia, dió principio á su discurso interpretando con las frases más oportunas y conmovedoras el sentido de aquella grandiosa manifestacion de religion y piedad, que no era otro, ciertamente, que la expresion del ardiente amor que á la Santísima Virgen de los Milagros profesan los pueblos de la comarca, y una brillante demostracion del sentimiento católico, que tan vivo se conserva en el corazon de sus moradores.

Perfectamente dió á entender el orador sagrado que manifestaciones de este género llenan de consuelo y esperanza el corazon católico.

De consuelo, porque realmente lo es, y muy grande, el contemplar á muchedumbres incalculables dar á la faz del mundo un testimonio ardiente de su fe y de su Religion, declarando solemnemente que protestan de la impiedad de su siglo, y que quieren vivir y morir en la fe que heredaron de sus mayores; y esto, en medio de la iniquidad y corrupcion que ha invadido la tierra, y como encendida lava que brota del volcan del infierno, toda entera la abrasa en el fuego asolador del vicio y de la maldad. Altamente consolador es ver, en medio de tanta indiferencia é impiedad como por do quier se descubre, agruparse millares y millares de almas al pié del altar de María, ora se encuentre en las cumbres de ásperas montañas, ora en fértil y ameno valle, en árido desierto ó en populosa ciudad, como lo han presenciado el Pilar de Zaragoza, Montserrat, Valvanera, Covadonga y otros y otros santuarios célebres de nuestra patria.

De esperanza, porque clarísimamente se ve que no se ha apagado del todo la fe; que aún se conserva viva y encendida su llama en muchos corazones: lo que fundadamente hace esperar que la chispa, latente y cubierta hoy por las cenizas de irreligion é impiedad que de todas partes acumula sobre ella el vertiginoso viento de la inmoralidad, llegue sin tardar mucho á inflamar en sagrado fuego los helados corazones de tantos y tantos desgraciados que viven entre nosotros.

Neciamente discurriré la impiedad si cree poder extinguir la lumbre de la fe en los corazones católicos; vanamente se gloria el ateísmo y el hombre

sin Dios de sus luchas y aparentes triunfos sobre la Religion del Crucificado. Que tales triunfos, sobre ser no más que aparentes, imaginarios y sólo del momento, harán que su derrota sea mayor y más vergonzosa.

A una voz de los Prelados se levantan por todas partes millares y millares de almas, y presurosas acuden á donde su Pastor las llama: á una voz del Papa se conmueve el mundo católico y aún el que no lo es: y movimiento tan espontáneo y generoso ¿qué significa sino que la fe vive y vive llena de vigor en el corazon cristiano, y que no está lejos el dia en que, cuando el Papa y los Prelados den la señal, esta fe ha de triunfar por completo de la impiedad, inflamando en su sacro fuego toda la tierra?

Eso ciertamente significan, eso dan á entender con toda claridad y evidencia las Romerías católicas, las Peregrinaciones á los santuarios de la Virgen; esas grandiosas manifestaciones de piedad ardiente, de fe inquebrantable, de acendrado sentimiento religioso. Y por lo mismo, en presencia de ellas, se llena de consuelo y esperanza el corazon católico.

Indicio son segurísimo, como decia el orador, y prueba irrefragable á la vez de la fuerza y virilidad del Catolicismo; fuerza y virilidad que por ostentarse de un modo singularísimo, más espléndido que en ninguna otra nacion de Europa, en nuestra patria, en esta gloriosa España, llamada con justa razon *Reino de Maria* (*Regnum Mariæ, Regnum Hispaniæ*), muy oportunamente se le ofreció al orador sagrado como asunto preferente de su discurso para dar á conocer *la fuerza inmensa del Catolicismo, desarrollada de un modo especial y extraordinario en España, por ser la nacion de María.*

Si no fuera por temor de ofender la modestia del elocuente orador que tuvimos la fortuna de escuchar, nos permitiríamos decir que desde el momento en que ocupó la sagrada cátedra y dió principio á su discurso, se logró atraer hácia sí la admiracion del numerosísimo auditorio que llenaba la espaciosa iglesia de los Milagros, al ver elocuentemente expresados los sentimientos que animaban sus corazones, y tan fielmente interpretados los pensamientos de cuantos habian concurrido á la Romería.

Con satisfaccion suya pudo observar ir creciendo por momentos en todos sus oyentes el interés de escuchar los elevados conceptos que de su boca salian, expresados con una entonacion tan hermosa y robusta, que pocos oradores tienen la dicha de poseer. Pudo observar tambien... pero hemos dicho que no queremos ofender la modestia de este sabio Religioso, y por lo mismo nos abstendremos de hacer los elogios que se merece: baste decir que hombres de su talla y saber honran grandemente á la Religion que los tiene en su seno, y que bien puede gloriarse la del eximio Doctor San Agustin de contar entre sus hijos hombres del talento y dotes del P. Mareca.

Volvamos, pues, á nuestro asunto, pero no sin hacer notar antes lo difícil que se nos hizo seguir á este orador en su discurso, por la gran copia de erudicion que en todos los suyos se manifiesta, erudicion que parece ser la nota característica del P. Mareca, como podrán apreciarlo perfectamente los lectores de esta reseña.

Entró en el cuerpo del discurso diciendo que nada más fácil que hacer ver la vitalidad del Catolicismo y sus influencias benéficas, hoy que esta parte de la apologética se encuentra enriquecida con las notables obras de Balmes, Donoso, Couris, Margotti, Solaro de la Margherita, Avogadro de la Motta, Alimonda, Benard, Lacroix, Leroy, Bourret, Dantier, Martin, Mouffaug, Decher, Lechaux y otros muchos hasta unos treinta escritores.

Pero que teniendo que ceñirse á los estrechos límites de un discurso, tenia que proceder por líneas generales y de un modo sintético.

Hizo notar que el Catolicismo brilló por la fuerza de destruccion de todo lo malo: el politeísmo y los dioses del Olimpo, con todos sus vicios, abominaciones y desórdenes... la poligamia, el divorcio y la prostitucion... el infanticidio y la exposicion... la esclavitud, los juegos sangrientos del circo y los sacrificios humanos...

Por la fuerza de fundacion de todo lo bueno: las virtudes más puras contra la corrupcion más espantosa, la humildad contra la soberbia más tiránica, la pobreza contra la avaricia sin entrañas. La familia cristiana reformada por la unidad, la indisolubilidad y santidad del matrimonio. La reforma del derecho, del arte, de la ciencia, de todo. La creacion de los grandes heroísmos...

Por una fuerza inmensa de expansion. Los hombres apostólicos San Severino, San Paladio, San Patricio, San Kiliano, San Amando, Cluff de Verdeur, San Willebrodo, San Agustin, enviado á Inglaterra por San Gregorio Magno, San Bonifacio y otros, salvando todos los obstáculos difundieron el Catolicismo por toda Europa y la dieron la civilizacion verdadera.

Por una fuerza inmensa de duracion. Los imperios asirio, persa, griego y romano duraron poco, y ya sólo viven en la Historia. La Iglesia católica lleva diez y nueve siglos de vida, y hoy se encuentra llena de vigor, pujanza y lozanía.

Por una fuerza inmensa de resistencia á todo género de combates y agresiones. A los Césares paganos, á los exarcas de Rávena, á los emperadores de Oriente, ostrogodos, lombardos, césares germánicos, barones de Italia, á los Ceucio, Arnaldo de Brescia, Rienzi, Protestantismo, Revolucion, Napoleon...

Por una fuerza de resurreccion que no ha tenido ninguna civilizacion ni imperio, como se ve en los asirios y demás. No así la Iglesia, que resucita

con gran vida en Inglaterra, Holanda, Estados-Unidos, Alemania, Africa, Oriente.

Esa fuerza se mostró en toda su grandeza y esplendor en España, tierra bendecida y privilegiada de un modo especial por la augusta Madre de Dios y evangelizada por los Apóstoles Santiago, San Pablo, sus discípulos y los siete varones apostólicos, por lo que la fe fructificó del modo más asombroso.

Nos habló el orador del grande heroísmo de los ilustres mártires Fructuoso, Severo, Emeterio y Celedonio, Eulalia, Engracia, etc.; de los muy insignes Vicente y Lorenzo, de los Innumerables de Zaragoza, algunos de los que ilustraron la villa de Ágreda, dando el gran testimonio de la sangre en el llamado Campo de los Mártires.

Recordó que el grande Osio presidió el primer Concilio ecuménico, que el ilustre español San Dámaso ocupó con mucha gloria la Silla Apostólica, y elogió, como se merecen, á Serveneo, Flavio, Dextro, San Paciano, Prudencio, Draconcio, Santo Toribio de Astorga, San Martín Domiense y otros.

Tocó su turno al memorable Concilio III de Toledo, donde se sentó la gran base de nuestra nacionalidad y de nuestras glorias, nombrando á los grandes hombres San Fulgencio, Leandro, Isidoro, Ildefonso, Braulio, etc., y los grandes Concilios de Toledo, el célebre código Fuero Juzgo y la gran colección canónico-goda.

Dijo algo de la gran epopeya española ocho veces secular de la Reconquista, donde brillan los altos hechos y hazañas, los héroes y grandes hombres, conde de Aznar, Íñigo Arista, Roger de Flor, Roger de Lauria, los Borrells y Galcerans, el Cid y Fernán González, Pérez Correa, Guzmán... Y no sólo los hombres de armas, sino también los de letras, Paulo Diácono, Alvaro Tomás, Alfonso Tostado, Gil Albornoz, Juan de Segovia, Vital de Canellas, Fernando de Córdoba, etc., etc.

Entrando el orador en el magnífico campo de nuestro gran siglo, enumeró nuestras glorias colosales y gigantescas: nuestros grandes reyes Fernando é Isabel, Carlos V y Felipe II: grandes políticos, el cardenal de España, Cisneros, Granvela, Saavedra...: viajeros y conquistadores, Cortés, Pizarros, Vasco Núñez de Balboa, Juan Ponce de León...: militares, duque de Alba, D. Juan de Austria...: literatos, Cervantes, Luís de León, Argensolas...: artistas, Velázquez y Murillo, Monegro y Herrera...: escriturarios, Villalpando, Maldonado, León de Castro...: teólogos, Toledo, Victoria, Cano, Ciruelo, Salmerón...: jurisconsultos y canonistas, Antonio Agustín Covarrubias, González Tellez, Molina, Ranus del Manzano...: filósofos, Suárez, Vázquez, Rubio, Hurtado...: y sobre todo, los grandes entre los grandes, los Santos, Santo Tomás de Villanueva, Santa Teresa, San Ignacio de Loyola...

Fijóse el orador en dos grandes glorias de España: escudo y defensa de la Iglesia, y la gran evangelizadora del mundo. Lo primero con sus ejércitos en Flandes é Italia, en Francia y Alemania, en África y en Lepanto, y además, triturando sus grandes teólogos el Protestantismo en Alemania, Baviera y Austria, y desempeñando las primeras cátedras de las Universidades más célebres de Europa. Lo segundo, llevando la fe á entrambas Américas y á Oriente por Bartolomé de Olmedo, Vicente de Valverde, Tomás de San Martín, Bernardo Boil, Martín de Valencia y otros y otros por centenares de Religiosos, por San Francisco Javier, Aguirre, Gamboa, Juan de San Jerónimo, Miguel de Santa María, Pedro de San José, Rodrigo de Santa María y otros muchos Religiosos. De modo que cuando el sol no se ponía nunca en los dominios de España, por ser tan amplios, nuestros misioneros se encontraban en Persia, Arabia, Indostan, China, Japon, África, Filipinas, las dos Américas...

Y aún nos queda una gran gloria, Filipinas, la primera colonia del mundo y la primera Mision del orbe católico. Entre Africa, Asia y Oceanía componen mil millones de habitantes, donde los católicos son doce millones. Pues bien, de éstos, los seis son de Filipinas. Por eso elogian las Misiones hasta los protestantes, mister Campbell, Welbezen, Exaus, Beel y otros.

Esto fuimos cuando éramos verdaderamente devotos de la Virgen, decia el orador; cuando éramos cristianos de verdad, grandes y prósperos en el interior, sumamente influyentes y respetados en el exterior.

Pues bien: si ahora nos encontramos pobres y decaídos y desprestigiados en el exterior; si nos abruma tantos males y no amenazan otros mayores, esto se debe á que nos dejamos llevar del derecho nuevo, del cual dice Isaías: *Transgressi sunt leges, mutaverunt jus, dissipaverunt fœdus sempiternum*. Hemos abandonado las leyes divinas, hemos cambiado el derecho cristiano por el derecho anticristiano, hemos roto la alianza con Dios, que hacia nuestra fuerza y grandeza, nuestra dicha y felicidad.

Esto inspiró al orador una magnífica exhortacion excitando á ser fieles á Dios, á ser cristianos en todo, en los actos privados y públicos, en los individuales y sociales, en todas las esferas y pertenencias de la vida.

Y concluyó el P. Pio Mareca con una fervorosísima deprecacion á Nuestra Señora de los Milagros, que dejó la más profunda y grata impresion en el numerosísimo auditorio.





LA V. SOR MARÍA DE ÁGREDA,

GLORIA PRINCIPAL DE ESTA RELIGIOSA VILLA Y UNA DE LAS MÁS INSIGNES
LUMBRERAS DE LA ESPAÑA CATÓLICA.



SERMON DEL P. FERRERES, S. J.

In te speraverunt patres nostri, speraverunt et liberasti eos. (Ps. XXI, 5).

En Vos esperaron nuestros padres, esperaron en Vos y los librásteis. (*Salmo XXI, 5*).

EXCELENTÍSIMO É ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

CUÁN dulce y consolador es el grandioso espectáculo que en este día de feliz recordación se presenta ante nuestros ojos! ¡Qué de gloriosos recuerdos excita en nuestra mente! ¡Qué de consoladoras esperanzas aviva en nuestros pechos! ¡Cómo hace latir nuestro corazón á impulsos de aquellos levantados sentimientos que siempre tuvieron cabida, que se abrigaron siempre, en los nobles corazones españoles!

Nos encontramos, mis amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo, nos encontramos en este lugar privilegiado, puesto por la Divina Providencia como en el centro de España, en centro de tres poderosos reinos. Y al ver ante mis ojos á los hijos de Castilla la nobilísima, y al mirar juntos con ellos á los que vieron la luz primera en la clásica tierra aragonesa, y al contemplar estrechamente unidos con los unos y con los otros á los hijos indomables de la invencible Navarra; brota naturalmente en mi memoria, y creo que en la de todos vosotros, el glorioso recuerdo de aquellos felices días en que después de siete siglos de lucha contra los enemigos de la patria, después de haber puesto dichosísimo remate á aquella empresa gigantesca, la más grandes que jamás llevaron á cabo los hombres, esos tres

grandes pueblos, como hermanos que eran, cubiertos todavía con el polvo de sus gloriosas victorias se dieron fraternal abrazo, y bajo el cetro de aquellos Reyes que legaron á sus descendientes el título de Católicos, se unieron y formaron de nuevo la España, y continuando el camino de sus gloriosos trofeos, sujetaron dos mundos á la corona de sus reyes, y alcanzaron tantas y tan perdurables glorias, cual jamás llegó á reunir pueblo alguno, ni parece posible que llegue jamás otro pueblo á reunirlos.

¿Quién pudo dar tal vigor á nuestros padres? ¿Quién les comunicó esfuerzo suficiente para no desmayar en el día de los grandes infortunios? ¿Quién dirigió sus armas en tantos y tan heroicos combates? ¿Quién unió sus corazones y sus brazos con aquella potentísima lazada que habia caído rota á orillas del Guadalete? ¿Quién les llevó después victoriosos por toda la tierra, cuan grande es, y cinó sus frentes con aquel resplandor de gloria que afrenta la de los más gloriosos pueblos?

¡Oh España, amada patria mía! ¡Tú lo sabes y tú lo dices, y yo me lleno de indecible júbilo al recordarlo y al oírlo de tus labios!

Vosotros, hermanos míos, vosotros lo estais diciendo á voz en cuello. Vosotros, ilustres castellanos; vosotros, nobles aragoneses; vosotros, indómitos navarros; vosotros todos, hijos de la católica y caballerosa España, vosotros lo proclamais hoy con elocuente grito al caer postrados ante la imagen milagrosa de María. Vosotros confesais en el día de hoy que Ella y sólo Ella alentó á nuestros padres, y los condujo de victoria en victoria y de grandeza en grandeza hasta encumbrarlos sobre las gentes. Y vosotros, como hijos de esta nacion nobilísima, sabeis ser como ella agradecidos, y por eso venís á rendir tributo de gratitud perpetua, venís como á ceñir con una corona de perdurable agradecimiento las sienas purísimas de María. Para que sepan vuestros hijos, para que entienda el mundo todo, que, como nuestros padres, así nosotros en Ella y sólo en Ella tenemos hoy puestas nuestras esperanzas.

Y me alegro que os hayais reunidos en esta villa ilustre, que bien puede llevar la representacion de toda España, puesto que de tal modo pertenece á Castilla que no deja de pertenecer á Aragon, y de tal modo pertenece á Aragon y á Castilla que no ha dejado de pertenecer á Navarra. Es de Castilla en lo civil, aragonesa en lo eclesiástico, y fué tambien de Navarra por conquista de su rey Garcia Sánchez (en 921). Villa esclarecida, que, desafiando los tiempos, ha presenciado y puede contaros la historia toda de nuestra patria (1)*. Villa tan señalada en el amor de María, que á cada paso os encontrais con un monumento que lo atestigua; y paréceme que en el día de

* Las notas léanse al fin de este discurso.

hoy, si nosotros calláramos, hasta sus piedras hablarían de la Virgen, y cada una os recordaría un milagro y cada milagro, un favor insigne con que la Madre de las misericordias ha enjugado las lágrimas de un español ó ha puesto una corona de gloria sobre la frente de los hijos de España.

Yo vengo á celebrar los castísimos amores con que María aparece consagrada con toda su proteccion á nuestra España, consagrada con todas sus fuerzas al amor y al servicio de María. No vengo á probaros esta verdad hermosísima, porque vosotros os la teneis sabida. Vengo sólo á recordar los hechos que la comprueban, no como quien duda de ella, sino á la manera que el hijo de cien héroes recuerda con noble altivez y se complace en leer y releer una y mil veces, las nobilísimas hazañas con que sus mayores dieron dias de esplendor y de gloria á la madre patria y le legaron un nombre esclarecido.

Y porque seria imposible enumerarlos todos, y porque nos hemos reunido en Ágreda, solamente apuntaré algunos de los muchos que Ágreda nos ha conservado y hoy nos presenta como hermosa síntesis, apareciendo de ellos claramente que EN MARÍA ESTÁ EL ORIGEN Y VERDADERA GRANDEZA DE TODAS NUESTRAS PASADAS GLORIAS, Y QUE DE MANOS DE MARÍA HE-MOS DE ESPERAR CONFIADAMENTE EL REMEDIO DE TODOS NUESTROS PRESENTES MALES.

Bien quisiera tener aquella vigorosa elocuencia y aquellos sublimes arranques dignos de la Reina de los Apóstoles y dignos de España; dignos de vosotros y dignos de la patria de aquella Mujer egregia que á sus heroicas virtudes, á su portentosa sabiduría, acompañó siempre por modo maravilloso el más diestro manejo de la hermosa habla castellana (2).

Yo no sabré hablar cual conviene este idioma riquísimo y lleno de majestad, como la patria de los Leones y los Granadas; no seré fecundo en recursos oratorios, ni en agudezas de ingenio, ni sabré dar á mis palabras aquella unción persuasiva de un Vicente Ferrer, ó un Tomás de Villanueva; pero siento correr por mis venas sangre española, aprendí en el regazo de mi madre el amor á esa Virgen benditísima, y he de hablar ante vosotros y he de hablar ante un Prelado español, y os he de hablar de María, y he de hablaros de España: saldrán desconcertadas las palabras, y en tosco y desaliñado estilo, pero callará la lengua y hablará el corazón, y se comunicará con los vuestros con aquella secreta elocuencia, con aquel fuego secreto que echa siempre grandes llamaradas en los pechos de aquellos que, nacidos en tierra de España, saben sentir en su corazón y comprender en toda su magnitud las glorias que les legaron sus mayores.

Y Vos, Virgen Santa, asistidnos con vuestra gracia, la que os pedimos con las palabras del Ángel:

Ave Maria.



In te speraverunt patres nostri, speraverunt et liberasti eos. (Ps. xxi, 5).

En Vos esperaron nuestros padres, esperaron en Vos y los librásteis. (*Salmo xxi, 5*).

I.

EXCELENTÍSIMO É ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

No es posible pensar en el amor inmenso con que María ha amado á España sin que se presente noble y majestuoso, subyugando nuestros corazones, el Pilar augusto de Zaragoza. El, mis amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo, nos señala el origen de todos nuestros bienes, y él solo es el que explica la historia inexplicable de este pueblo de gigantes. Puso María los ojos en España y se enamoró de ella, y la escogió de entre todas las naciones de la tierra para que fuese su pueblo y su heredad; y quiso que esa herencia fuese la herencia del Señor, pueblo á quien Ella engrandeciese con rica y divinal magnificencia; porque escrito estaba en las sagradas Páginas que habia de echar raíces en pueblo nobilísimo, y que ese pueblo, porcion escogida del Señor, habia de tener á su vez al mismo Señor por única porcion de su herencia: *Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei, hereditas illius. (Eccli. xxiv, 16).*

Lo que se siguió á esta dichosísima eleccion todos lo sabeis. La fe se extendió rápidamente por España, y fué tanto el amor y la gratitud de España para con María, su Madre y su Reina, que, al decir de la Venerable agredana, «ganó la palma á todas las naciones y reinos del orbe en su veneracion, culto y devocion pública (3); y cuando vivia en carne mortal tenia ya, á más del de Zaragoza, otros templos en España, y era venerada con culto público (4), y se señaló entonces ya España en adorarla é invocarla más que otras naciones lo han hecho después que murió y subió á los cielos para no volver al mundo (5). «Verdades son éstas, que engrandecen á España sobre cuanto de ella se puede predicar (6),» y que Ágreda, fiel guardadora de las gloriosas tradiciones españolas, nos ha conservado en su mística ciudad, y nos parece recordar con una iglesia de Santa María de la Peña, monumento tal vez de los mismos tiempos apostólicos (7).

Tembló el infierno de coraje, y pretendió por medio del imperio romano ahogar en sangre tantas glorias, y vosotras, paredes venerandas, vosotras sois testigos de que los hijos de España no se acobardaron, de que estimaron en más que su vida el amor dulcísimo de María. Vosotros los visteis á

millares inclinar tranquilamente sus cabezas á la cuchilla del verdugo. Tus campos, oh Graechuris (8), fueron regados con la sangre de los mártires, y esos héroes al morir morían abrazados con la imagen de María; imagen que tú, oh Agreda, has guardado como riquísimo tesoro; mártires aquellos á cuyas gloriosas reliquias dabas tú cristiana sepultura sin temor á los cristianos. ¡Escuadron glorioso era ese cuyos hermanos habian derramado á ríos su sangre junto al Pilar de María nuestra Madre (9)!

Multiplicáronse las persecuciones, creció, si cabe, el amor á María, y España ganó á centenares de miles los corazones; y no hubo en ella un solo palmo de tierra que no fuera regada con la sangre de sus mártires; pero antes subió la fe de España al trono de los Césares con el gran Teodosio, que el paganismo con toda su furia pudiera poner miedo en el pecho de los hijos de María.

A los rudos golpes de las razas bárbaras, venidas de los espesos bosques del Norte, cayó por tierra, para no levantarse jamás, el imperio romano; mas la fe de España permaneció firme, y sostuvo contra ellas lucha colosal; y así como fortalecida por el amor de María habia sabido triunfar del paganismo, así vió caer rendida á sus plantas la herejia arriana, de que venian inficionados los pueblos bárbaros, y desde entonces español y católico y amante de María fueron cosas en cierto modo sinónimas.

Ayer visteis, trazado por mano maestra, un hermoso cuadro de lo que fué España en este período. Época en «que la civilización española era la más adelantada entre todas las civilizaciones del mundo cristiano (10);» época en que se celebraron aquellos sapientísimos y santísimos Concilios de Toledo, renombrados en la historia del Cristianismo, y que nos legó «aquel magnífico código que aún hoy día ensalzan los eruditos y admiran los sabios (11).» Época de santos y época de sabios para España, en tanto «que el resto de Europa se hallaba poco menos que durmiendo el sueño de la barbarie (12).» Época en la que solo el Duque Severiano, en tres hijos daba tres Santos al cielo y tres Doctores insignes á la Iglesia: Santos que fueron la luz del mundo y dieron á España en el Concilio tercero toledano, la joya preciosísima, la envidiada de las naciones, la perla de su Unidad católica.

Siguieron á estos tiempos de esplendor y de gloria, otros de tribulación y de angustia, ¡que propio es de Dios probar á sus escogidos para que resplandezcan sus virtudes en la tribulación, como brillan las estrellas en la fría oscuridad de la noche!... Y en aquellos momentos solemnes nuestros padres angustiados póstranse ante la Imagen de María en los desfiladeros de Covadonga, y en su nombre juran que arrojarán de España á los feroces hijos del falso profeta, y que los templos de María han de levantarse otra vez en todos los pueblos españoles, sin que quede en todos sus dominios un

hombre solo que no doble la rodilla ante la inmaculada grandeza de la Emperatriz de los cielos.

¡Qué espectáculo tan sublime el de aquellos ilustres varones, que en aquellos momentos supremos se olvidaron de sus riquezas, y no teniendo tiempo para salvar sus tesoros, no les faltó el suficiente para esconder las imágenes de María y salvarlas de las profanaciones musulmanas! Semejantes á valiente y pundonoroso general, que en lo más recio del combate arroja su bandera en medio del ejército enemigo, para darle á entender que en tanto que le quede un soldado con vida, ó una sola gota de sangre en sus venas está resuelto á arrancarle su bandera de las manos, y á barrerle con ignominia del terreno que ocupa; así nuestros padres al dejar entre sus enemigos las imágenes de María, tomaron sobre su honra el rescatarlas de manos de las huestes agarenas, y el barrer de sobre la haz de España hasta el último vástago de aquella raza maldecida. Por esto en cada pueblo conquistado se alzaba un templo, y de cada victoria surgía un monasterio, y sobre esos monasterios y sobre esos templos aparecian siempre brillantes, como estrellas en el firmamento, las imágenes aparecidas, esto es, las imágenes conquistadas de María.

Así es que la reconquista de España fué la reconquista del patrimonio de María, hecha en nombre de María, hecha por María y para María. Ella levanta ejércitos, ella asiste á nuestras batallas, ella visita y alienta á nuestros reyes, ella recobra nuestros pueblos y ella corona nuestras victorias.

Levantad vuestros ojos y ved á ese intrépido aragonés, al antiguo canónigo de Tarazona, al abad insigne de Navarra, de Santa María de Fitero, vedle levantar esa gloriosa milicia castellana, espanto de los moros, vedlos siempre arrojar con intrepidez á defender los puntos de mayor peligro, destrozando como bravos leones las fieras agarenas. Decidles: ¿Quiénes sois vosotros? ¿en nombre de quién batallais? y oiréis que os responden: Nosotros peleamos en nombre de María, nosotros nos llamamos los soldados caballeros de Nuestra Señora de Calatrava. Y si extendéis vuestra vista por Aragon os encontraréis con aquellos valientes adalides, que os dirán tambien: Nosotros combatimos en nombre de María, somos los caballeros de Santa María de Montesa. ¿Veis ahora ese ejército belicoso? Son los soldados de Castilla con su rey D. Alfonso VIII á la cabeza, que veinte y seis años antes habia visitado esta villa en que hoy nosotros nos hemos reunido; esos otros, son los soldados aragoneses á quienes lleva al combate su rey D. Pedro el Católico, cuyo padre Alfonso II habia visitado tambien á Agreda (13): por allá viene el rey de Navarra D. Sancho Sánchez el Fuerte, con la flor de sus ejércitos. Reúnense todos sobre las cumbres de las Navas Tolosanas: entran en batalla contra una muchedumbre de tropas musulmanas, numerosas

como las arenas del mar, curtidos la mayor parte de ellos en los abrasados soles del África, y 200,000 cadáveres moros dan testimonio del triunfo gloriosísimo de las armas españolas. Leed ahora la carta que el de Castilla escribe al Pontífice Sumo Inocencio III, y allí veréis á quién se debe la victoria. «Estaba la Imágen, dice aquel gran Monarca, estaba la Imágen de la Virgen Santísima sobrepuesta en todas nuestras banderas (14).» En tu Nombre, Madre mia, pelearon reunidos, y en tu Nombre reunidos alcanzaron gloriosa victoria en las Navas, estos tres heroicos pueblos que, reunidos tambien hoy ante tu imágen de los Milagros, cantan tus loores y ponen en Ti para siempre todas sus esperanzas.

In te speraverunt patres nostri, speraverunt et liberasti eos.

Abrid ahora la historia, y ella os dirá que diez años después de la siempre célebre batalla de las Navas, de este glorioso triunfo de María, dos Reyes esclarecidos reuniase en esta villa ilustre. El uno de ellos fué «grande entre los grandes reyes de Aragon (15),» y en Agreda y tal vez ante esta misma Imágen se unió en santo matrimonio con una infanta de Castilla, y ese Rey de allí á poco tomaba en Tarazona su espada de sobre el altar de la Virgen, y ciñéndosela con sus propias manos armábase caballero (16). Siete años después, con esa espada había arrancado de manos de los moros el reino de Mallorca, al otro lado de los mares. Y de allí á diez años (1238), su espada era ya la conquistadora del reino de Valencia, y extendía más tarde sus conquistas por Villena y Elche y Orihuela, y entraba triunfante en Murcia. Yo no sé si ese Rey aprendió aquí ante esta Imágen veneranda el amor dulcísimo de María, pero os puedo decir que á ese Rey, á quien la historia llama Jaime I el Conquistador, á ese Rey se le apareció en Barcelona la misma Virgen, que ese Rey peleó siempre en nombre de María, que ese Rey levantó á María cerca de 2,000 templos (17), y cuando murió su hijo primogénito, como si deseara tenerlo cerca de Agreda, quiso que reposara junto al altar de María, en mi amadísima Veruela (18).

El otro Rey era Fernando III el Santo, el prudentísimo en los consejos, el amado de sus vasallos, el valeroso en las lides, el terror de sus enemigos, el conquistador de Córdoba y de Jaen, el que plantó sus estandartes victoriosos sobre los muros de Sevilla, el que dejó á los moros reducidos apenas á los estrechos límites de Granada, y pensó llevar hasta el África sus armas vencedoras, el que trayendo treinta y cinco años las armas en la mano, alcanzó tantas victorias como dió batallas. ¿Cómo consiguió tantos laureles? Preguntádselo á Sevilla, y ella os dirá que el Rey Santo traía siempre en sus ejércitos tres estatuas de María, y que al entrar en batalla siempre llevaba una de ellas en el arzon de su silla para animarse en la pelea y para

poner espanto en sus enemigos, imágenes que hoy conserva Sevilla como preciosísimos tesoros (19). Ella os dirá que cuando el Rey Santo le puso cerco, se le apareció al Rey la misma Virgen y le alentó con la promesa del triunfo, y él la llevó á Ella triunfante al entrar en la ciudad, dándole los honores de victoriosa conquistadora. Y más de dos mil templos (20) levantados en España por el Santo Rey á la Reina de todos los Santos, dan testimonio de que en nombre de María y por María peleó siempre, y siempre venció, el nieto del insigne guerrero de las Navas.

Y si después veis á otro Rey dichosísimo que, tomando en sus manos la bandera que habia sido enarbolada entre peñas en Covadonga, no se da punto de reposo hasta verla tremolar en las almenas de la imperial Granada, el que vió bajo su cetro toda la España con la union definitiva de estos tres reinos aquí reunidos, ese Rey entra siempre en combate en nombre de María, ese Rey lleva siempre consigo en sus campañas la imagen de la Virgen, y en reconocimiento de sus triunfos gloriosos la apellida Santa María de la Victoria. Imágen que hoy podeis venerar en Málaga (21), arrancada tambien por el Rey Católico de las manos agarenas. ¡Así fué coronada por María la obra de la reconquista!

De manera que en Covadonga y en Granada y en Málaga y en las Navas y en Sevilla y en Valencia y en Mallorca y en Murcia y en Jaen y en Córdoba y en todas partes os encontráis con que *la reconquista de España fué la reconquista del patrimonio de Maria, hecha en nombre de Maria, hecha por Maria y para Maria. Ella levantó nuestros ejércitos, Ella asistió á nuestras batallas, Ella recobró nuestros pueblos y Ella coronó nuestras victorias.*

In te speraverunt patres nostri, speraverunt et liberasti eos.

Lo que fué España después de ese período todos lo recordais con orgullo. «Subyugámos á la Italia, Alemania cayó bajo nuestro imperio, Francia quedó humillada, temerosa Inglaterra guardada por sus mares tempestuosos, rindiéronnos vasallaje todas las naciones civilizadas (22),» y atravesámos los mares y plantámos la cruz de Cristo y los pendones de Castilla en un mundo nuevo, y triunfaron nuestras armas en Africa y aportaron nuestras naves victoriosas hasta la Oceanía. Nuestros sabios fueron luz del mundo; asombróse la tierra ante la prodigiosa grandeza de nuestros innumerables Santos; nuestros teólogos y nuestros místicos todavía no han encontrado quien los iguale; las belias artes y las letras bellas derramaron á torrentes sus resplandores sobre las frentes de los hijos de España; nuestros reyes... ¡ah! ¡nuestros reyes fueron los grandes reyes de la nacion más grande del mundo!

Y ante tanta gloria y ante grandeza tanta quiero que de nuevo escuchéis

palabras de Sor María, que suenan siempre bien en los corazones españoles: «Crean todos, dice, que las antiguas dichas y grandezas de esta monarquía las recibió por María Santísima y por los servicios que le hicieron en ella (23).»

Et radicavi in populo honorificato.

Pero la mayor grandeza de España le viene de la altísima mision que le fué confiada. Ella y sólo ella fué la encargada de defender los derechos de Dios en la tierra. Ella y sólo ella sostuvo los derechos de la Iglesia en medio de tantas borrascas contra toda suerte de enemigos. Sus batallas fueron siempre las batallas del Señor. A Dios consagró el brazo poderoso de sus invencibles soldados; por Dios se sacrificaron sus sabios; á él consagró la inspiracion de sus poetas y de sus pintores; y sus reyes tenian en más que todos sus tesoros la salvacion de una sola alma, siquiera fuera el alma de un pobrecito indio.

«España fué el desinteresado campeon de la Iglesia y de la cristianidad (24).» España sacrificó sus riquezas y la sangre de sus hijos, y en medio de sus victorias no buscaba otros tesoros que el triunfo de la fe cristiana.

Y tanto es esto verdad, que á nuestros grandes reyes se les ha hecho cargo en la historia de haber descuidado los intereses materiales por atender sólo á los intereses superiores del Catolicismo. ¡Mentira parece que tales palabras hayan sido escritas en tierra española! Quédense para otras naciones el papel de mercader que todo lo sacrifica á su negocio, que España se honrará siempre con el de caballero que todo lo ha sacrificado á gloria de Dios y á su honor de nacion católica (25). ¡Gloria para ti, amada patria mia, que mereciste tener unos reyes que, puestos sus ojos en el cielo, sintieron engrandecerseles de tal modo sus corazones, que miraron como cosas de menos valer las honras todas de la tierra! ¡Tú sola mereciste contar entre tus reyes á un Carlos el Emperador, que con libertad de cultos no queria á Alemania y Francia y España é Italia, y preferia quedarse solo con Cristo crucificado! ¡Tú sola mereciste ver en tu trono á un Felipe II, que puesto en la alternativa de perder los Países Bajos ó darles libertad de cultos, caía postrado ante la cruz de Cristo, y estrechándola fuertemente contra su pecho exclamaba: «No permitais, Jesús mio, que reine yo sobre pueblos que no os conozcan y confiesen! (26).»

Esa es la noble mision de España, esa su verdadera grandeza, esa la significacion de España en el mundo. ¿Por qué no lo hemos de oir de boca de la venerable Sor María de Jesús? «V. M., le decia á Felipe IV, V. M. es sólo... (¡oid bien estas palabras y guardadlas cuidadosamente en la memoria!) V. M. es sólo el que con veras defiende su Iglesia y mira por su honra y gloria... (27), el que defiende la honra de Dios, pelea por la Iglesia,

por la fe y por conservar la cristiandad...: los demás, ó la quieren destruir del mundo ó no les duele que se pierda la sangre preciosísima de Jesucristo (28).» «El Altísimo puso á V. M. en obligaciones de Rey y en empeños tan grandes como de ser cabeza de los hijos de la Iglesia, defensor y amparador suyo (29).» «Las guerras de esta corona son contra enemigos de la Iglesia... en esta Monarquía se profesa lo más puro de la fe, es pueblo de Dios, hijos los más fieles; al Altísimo le va mucho en ampararnos, patrocinarnos y defendernos... defendemos su causa, y la de los adversarios es la del infierno (30).» Esto escribía aquella alma santa, y el Rey á su vez dejaba escapar de su pluma, entre otros mil, estos nobilísimos arranques: «Esta monarquía ha mantenido siempre la Religión cristiana y católica, y la mantendrá con su ayuda (con la ayuda de la poderosa mano del Señor) hasta consumir todos hasta la última gota de sangre de nuestras venas (31).» Y al darle cuenta de la probable pérdida de Dunquerque exclama: «Lo que más siento es que los franceses se la entregarán á los ingleses, con que arrancarán luego la Religión católica y plantarán la de Calvino. Cosa que me atraviesa el corazón, y que si pudiera estorbarlo á costa de mi sangre y de mi vida, la sacrificaría con muchísimo gusto (32).» Yo al leer estas cosas, como soy católico y español siento palpar de júbilo mi corazón, y apenas puedo recordároslo sin que las lágrimas asomen á mis ojos.

Tal es, hermanos míos, la figura nobilísima de la España católica; y crean todos, repetiremos ahora con vuestra paisana, «crean todos que las antiguas dichas y grandezas de esta monarquía las recibió todas por María Santísima y por los servicios que le hicieron en ella.» ¡Vos, Madre mía, Vos formásteis á esta España amadísima, y le disteis levantados pensamientos y el más glorioso encargo que jamás habeis confiado á pueblo alguno de la tierra en cuanto mira el sol y cuanto se dilatan los siglos! Y ella, Madre mía, ella os puso siempre á Vos en el principio de todos sus caminos y como término de sus empresas. *Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hereditas illius.*

II.

Pero no sólo nos presenta hoy Agreda como en hermosa síntesis los argumentos que prueban que en María está el origen y verdadera grandeza de todas nuestras pasadas glorias, sino que también nos enseña que de las manos de María hemos de esperar confiadamente el remedio de todos nuestros presentes males. Era el día 22 de Mayo de 1645, y la Venerable escribía á Felipe IV estas sentidas palabras: «Alégrese V. M. con la grande empresa por que trabaja, y aliéntese V. M. á emplear todas sus fuerzas

en ella, pues por una hora sola que impidiese V. M. el que la herejía no entrase en España y que este aliento inficionado del demonio tocase á los fieles, puede dar V. M. por bien empleados todos sus trabajos. Muchas lágrimas me cuesta esta causa... porque fué el más desdichado azote que Dios le podía dar (33).» Esto escribía entonces aquella alma tan grande y tan española. «Muchas lágrimas me cuesta... fué el más desdichado azote que Dios le podía dar...» ¿Qué lágrimas derramaría hoy para llorar tantas desdichas? Porque cuando se ve, hermanos míos, que en esta noble é hidalga tierra española que luchó trece siglos por mantener su unidad católica y la pureza de su fe, en este clásico suelo, patrimonio de María, se han abierto las puertas á todas las herejías, y la impiedad recorre en son de triunfo nuestras calles y pasea descaradamente sus pendones á la luz del sol por medio de nuestras ciudades, arrastrando en pos de sí á una desdichada porcion de los hijos de nuestro pueblo; cuando se ve á las sectas secretas tomar carta de naturaleza entre nosotros, y vomitar á diario mil blasfemias contra las santas y venerandas tradiciones de nuestros padres, y levantar su piqueta demoledora contra los monumentos que ellos nos legaron; cuando se ven tantas defeciones en el campo católico, tanto descuido en unos, y tan glacial indiferencia en los otros, al paso que los sectarios del demonio apenas se dan punto de reposo y todo lo traen confuso y revuelto; cuando se piensa atentamente cuán en firme ha asentado la impiedad sus piés en España, y cuán largamente ha extendido sus nervudos brazos, que no parece sino que va á estrecharla apretadamente y ahogarla entre sus garras, á punto estoy de exclamar á semejanza de Kociusko (34): *Finis Hispanie*: Ha llegado el fin de la grande España.

¿Y es esto posible, hermanos míos? ¿Hemos de rendirnos y desconfiar de la salvacion de España? ¡Ah! si hemos de desconfiar ¿por qué habemos venido aquí? ¿Por qué nos hemos reunido en Agreda ante la imágen de María de los Milagros? Nó y mil veces nó: España no perecerá. Nó y mil veces nó: la fe de España y el Pilar de Zaragoza durarán hasta la fin del mundo, dijo la Virgen María y nos lo ha conservado la Venerable Agreda en su *Mística Ciudad* (35).» Nóy mil veces nó: «que esta navecilla de España no ha de naufragar jamás, más que llegue el agua á la garganta,» como exclama esta insigne Religiosa.

Nó, Madre mia, Vos no podeis dejar perecer á esta nacion. Vos, Madre mia... perdonadme, Virgen Santa, que os lo diga... hablo con Vos que sois nuestra Madre... Vos, Madre mia, Vos teneis una deuda con esta nacion; Vos, como nos dice vuestra gran Sierva, «Vos fiásteis de España la defensa de vuestro honor y la dilatacion de vuestra gloria por todo el orbe (36),» y habeis de reconocer, porque Vos siempre reconoceis la verdad,

habeis de reconocer que esta nacion ha cumplido como buena vuestro encargo. En todo el orbe no hay un puñado de tierra en donde una tumba española no dé testimonio de que allí murió un valiente, empuñando las armas en vuestro honor, ó un heroico misionero predicando á los infieles vuestras glorias. Y Vos ahora no podeis desampararla, no la desampararéis.

Yo no os recordaré, hermanos míos, todo lo que España ha hecho por María, que fuera tarea harto difícil y llenara acaso muchos volúmenes. Quiero sólo recordar algo de lo que nos dice Agreda, tan solamente algo de lo que hizo España en estos últimos tiempos, cuando esa insigne agredana, con sus oraciones y con su ejemplo y con aquellos escritos portentosos que lograron llamar la atención de todas las Universidades de Europa y la admiración de todos los sabios (37), con aquella su influencia prodigiosa, empezó á trabajar por María y señaladamente por una causa á la cual parecía haber consagrado toda su existencia, el misterio de la Concepción Inmaculada de María (38). Entonces se vió á un Rey de España escribir de su propio puño á los Pontífices de Roma, pidiendo, como la cosa que más tenia en su corazón, que se definiese ese adorable misterio (39); entonces se enviaron Juntas para que sin descanso trabajasen en Roma para este fin (40); entonces se obtuvieron á instancias de nuestros Reyes hasta cinco decretos pontificios relativos á la fiesta y al misterio de la Concepción Purísima de la Virgen (41), y, sobre todos, aquella famosísima Bula de Alejandro VII, de la que el Rey daba cuenta á la Venerable en 10 de Enero de 1662 (42). Entonces se vió en Madrid á nuestros tres Ordenes militares con un Rey á la cabeza, obligarse con voto á defender el Misterio de la Inmaculada (43). Entonces se vió á todas las ciudades más importantes de España hacer con gloria el voto de la Concepción sin mancha de María. Registrad los archivos de Madrid y de Zaragoza, de Barcelona, de Valencia, de Sevilla y de Toledo y de Salamanca y de Burgos y de Badajoz y de Granada y de Palencia y de Ávila y de Segovia y de Valladolid, y os encontraréis con que todas ellas hicieron el voto desde 1615 á 1653, esto es, todos en vida de la Venerable María de Jesús de Agreda (44). Y tanto amor supo infundir á la Inmaculada Concepción de María nuestra Venerable en el corazón del Rey, y eran tan grandes los deseos que le hizo concebir de ver realizada su definición dogmática, que en una de sus cartas le decia á la Venerable: «Lo deseo más que la vida propia mía (45),» y en otra parte le habia ya dicho: «Ofrezco de muy buena gana á sus piés (á los de la Virgen) mi vida, si con ella hubiese de conseguir tanta dicha (46).»

Y este fuego que la Venerable abadesa habia encendido, no se apagó con su muerte, sino que continuó encendido con brillante llama, y en las Cortes españolas de 1713 (21 de Enero), las primeras en que se reunieron las de

Aragon y Castilla, vemos á aquella egregia Asamblea, pidiendo la declaracion del Misterio amadisimo de María y de España, y más tarde el rey Felipe V escribia al Pontífice Clemente XII renoyando la misma peticion (47). No olvidéis que por las venas de Felipe V corria la sangre de aquella ilustre reina D.^a María Teresa de Austria, cuya consejera y amiga y consoladora fué vuestra Santa paisana (48).

Y aún nos recuerda más Agreda. Nos recuerda que vuestra Venerable quiso que la Virgen Santísima, que de hecho habia sido la Patrona y la Protectora y la Reina y la Madre de esta católica España, lo fuese tambien por declaracion pontificia, y en 22 de Marzo de 1643 ofrecian la Venerable y su Comunidad «todas sus obras buenas, comunes y particulares, y ordenaban sus deseos y peticiones (49), para que nuestros católicos reyes Felipe y Mariana, le decia á la Virgen Santísima, os reciban por Patrona y Protectora de toda su corona,» y en Octubre (25) del mismo año, escribia al Rey en la segunda de sus cartas á aquel Monarca: «Ponga V. M. en sus preciosas manos (las de la Santísima Virgen) sus reinos, haciéndola dueña de ellos, Patrona y Protectora, Amparadora, Defensora y Abogada (50).» Y lo que entonces pedía la Venerable, viólo realizado por Bula pontificia de 28 de Julio de 1656 (51); y así el Rey podia en 1658 (30 Julio) decir: «Pedidle á la Virgen nos ayude con su intercesion, y se acuerde la he hecho nuestra Patrona y Defensora (52)»

Un siglo después, en 1760, por intercesion sin duda de esta Venerable, era declarada María Santísima en el Misterio adorable de su Concepcion Inmaculada, principal Patrona universal de los reinos y dominios de España, y treinta y seis años hace vió España con júbilo y aplauso de toda la universal Iglesia declarado dogmáticamente el Misterio dulcísimo por el que habia trabajado tantos años la Venerable y tantos siglos España.

«Entonces, nos dice Agreda, y aún nos dice mucho más: porque con su iglesia de los Milagros y su Virgen de los Remedios y sus iglesias de Santa María de la Peña y Santa María de Magaña y su ermita de los Mártires, y con su Virgen del Coso y su convento de la Inmaculada Concepcion, nos dice que Agreda ve á María por todas partes, que Agreda no vive sino por María y para María (53); y nos recuerda que, como Agreda, toda España está adornada de imágenes de María como se engalana de flores la hermosa primavera. Y al presentar todos los años á millares los devotos de María ante su Virgen de los Milagros (54), y al presentar hoy ante sus piés esta nutridísima peregrinacion, nos dice que, hoy como siempre, España todo lo espera de María. Díganlo esas espléndidas manifestaciones de hermanos nuestros que no han sabido ir sino al regazo de María. Hable el Moncayo y hable Valvanera y hable Veruela y Agres y Begoña y Nuestra Señora de la



Luz en Murcia con sus 13,000 comuniones (55). ¡Que no parece sino que cuando se juntan cuatro españoles para algo grande, no saben reunirse sino bajo la presidencia de María!

¿Qué hará María ante tantos servicios y tanto amor y tantas lágrimas? jamás, hermanos míos, jamás hubo sobre la tierra hombre alguno que habiendo invocado en sus tribulaciones y angustias á esta Virgen benditísima haya visto desoídas sus súplicas. *Sileat misericordiam tuam Virgo beata, si quis est qui invocatam in suis necessitatibus meminert defuisse* (D. Bern. Serm. 4 de Nativ.). ¿Y es creíble, hermanos míos, es posible siquiera que la repulsa que nadie ha sufrido jamás, la tenga que sufrir esta nación española consagrada con todas sus fuerzas al amor y al servicio de María? ¿Es posible que cierre sus piadosísimos oídos á los ardientes clamores de los que por Ella se sacrificaron, de los que pusieron su felicidad en honrarla á Ella y engrandecerla? ¿Dejará frustradas las esperanzas de los que sólo en Ella saben confiar y los entregará al ludibrio de los pueblos? ¿Para esto, Madre dulcísima, nos encumbrásteis sobre las gentes, para dejarnos caer de más alto y para que nuestra ruína fuese más grande?

¡Hé aquí á España, dirán vuestros enemigos, señalándola con el dedo y haciendo escarnio de nosotros, hé aquí á España, que se olvidó de sus intereses por cuidar de los de María; hé aquí á los que todo lo esperaban de María!

Nó, Virgen santa, no será así. En Vos esperamos y en Vos esperaremos. En Vos esperaron nuestros padres, y Vos les llenásteis de bendiciones. *In te speraverunt*. En Vos, Madre mia, en Vos esperamos también nosotros, y no quedaremos confundidos. *Leva in circuitu oculos tuos et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi* (Isai. XLIX, 18): Levantad vuestros ojos y mirad al rededor: todos estos pueblos se han congregado para venir á Vos.

Mirad, Madre mia, mirad á estos vuestros hijos: todos se han reunido bajo vuestro manto como los polluelos se cobijan bajo las alas de su madre, y todos os piden, y todos esperan alcanzarlo todo de vuestra mano.

Os piden, Madre mia, que deis á Agreda y á España un día de gloria, viendo canonizada aquella vuestra grande Sierva que á Vos os consagró su vida, que llevó vuestro nombre ante los príncipes y los reyes, y lo predicó en las más apartadas regiones del Nuevo Mundo (56), y celebró vuestras grandezas con tan soberanos acentos que han merecido ser trasladados á casi todas las lenguas del mundo (57). Vos la formásteis, Vos la visitásteis repetidas veces, y de continuo hablábais con ella con aquella familiaridad, con aquel amor íntimo con que una amiga habla á su amiga, ó una madre á su hija queridísima. Vos, Virgen de los Milagros, Vos fuísteis á recibir su

último suspiro, y de vuestras manos esperamos recibir cuanto antes y ver puesta sobre su cabeza la corona inmarcesible de los Santos (58).

Os piden, Madre mia, por el Pontífice Rey y por la Iglesia Santa. ¡La Iglesia perseguida é insultada y el Pontífice encarcelado, y España, Madre mia, y España ya no puede levantarse como se levantaba en otros tiempos, y humillaba de un solo golpe la impía soberbia de los enemigos de vuestro Hijo!

Mirad tambien, Madre mia, mirad á esta vuestra España, y haced que vuelvan á brillar sobre ella dias de prosperidad y de verdadera grandeza; aplastad, Virgen Santa, la cabeza de la impiedad y de la herejía; confundid, Madre mia, á las sectas secretas; desbaratad sus planes, Madre amadísima, y haced que huya confuso y avergonzado de esta vuestra España el Maso-nismo con sus ridículas ceremonias y sus diabólicas empresas.

Y vosotros, hermanos míos, estad en continua vela; mirad que la herejía es artera y solapada, y os tomará vuestros hijos de vuestros brazos, y emponzoñará sus corazones en las Universidades y en las escuelas y en las fábricas y en los talleres con el papelucho inmundo y con el libro impío, y pensaréis tener en casa un hijo y tendréis un internacional ó un blasfemo, materia dispuesta para toda corrupcion y todo crimen.

Es necesario que vigileis para evitar tan tremenda desgracia. Todo esfuerzo debe pareceros pequeño y toda vigilancia poca. Que no se estaban mano sobre mano nuestros padres cuando el moro se cernia sobre España. Dormian entonces sin quitarse la cota de malla, y colgaban su espada al lado mismo de su cama. Y más difíciles son éstos que aquellos tiempos. Trataban ellos con enemigos francos y descubiertos; pero vosotros creeréis estrechar con efusion la mano de un amigo, y cuando menos os descuidaréis habrá ya envenenado vuestra alma ó asesinado la fe en el corazon inocente de vuestros incautos hijos.

No nos queda más recurso que la proteccion de María nuestra Madre. Poned á vuestros hijos en las manos preciosísimas de Maria: que no haya entre vosotros una sola madre que en su regazo no enseñe á sus tiernos hijos á levantar sus manecitas inocentes á esta celestial Madre, y que al empezar á balbucir algunas palabras, sean éstas el nombre de María, y la Salutacion angélica sea la primera que santifique aquellos labios de ángel. Fortificad vuestras almas con el Pan de los cielos; que nuestros abuelos, los primitivos cristianos, comulgaban cada dia, y así estaban cada momento aparejados para sufrir gloriosamente el martirio. Hoy en España no está Nerón que sacrifique la vida de los cristianos; peores que aquel monstruo de iniquidad están en ella los discípulos de Juliano el Apóstata, que asesinan las almas. Si sois amantes de María, si deseais honrarla y complacerla, no

le podeis «hacer mayor servicio ni más agradable celebracion que confesar y comulgar en sus fiestas (59).» Acordaos que aquel piadoso Rey, que tantos consuelos recibió de vuestra Venerable, en medio de sus trabajos y sus continuas guerras (60) encontraba tiempo para comulgar en todas las festividades de María, y con haberse criado en la corte y sentado en el trono más alto de la tierra, no era tan delicado que no ayunara tambien en las vísperas de todas las fiestas de la Virgen (61). Bien que nuestros reyes estaban acostumbrados á legarse de padres á hijos sus cilicios y sus ensangrentadas disciplinas.

Escuchad con amor y veneracion profunda las enseñanzas del Romano Pontífice, vivid estrechamente unidos á vuestros Prelados, y estad dispuestos á ejecutar con fortaleza, como valientes soldados de María, las órdenes que de ellos recibiereis, despreciando y pisoteando miserables intereses terrenos, afrontando con altivez todo humano respeto.

«Sepan los católicos que no les es lícito dormirse ante semejantes peligros, ni combatirlos floja y cobardemente,» nos decia no há mucho nuestro Santísimo Padre Leon XIII (62).

Ahí teneis, hermanos míos, los tres principios salvadores: Amor á María; frecuencia de Sacramentos; sumision y docilidad á las enseñanzas de la Iglesia.

Y lo demás, hermanos míos, lo demás se os dará por añadidura.

Y Vos, Madre amadísima, Virgen de los Milagros, bendecidnos á todos: bendecid al amantísimo Prelado, que como animoso general va recorriendo una por una para que estén sobre aviso las fortalezas todas que habeis confiado á su solícita vigilancia (63). Mantened en él, Madre mia, esos alientos apostólicos, para que el fuego de su corazon se pegue al de todos sus hijos, y ardan todos en vuestros purísimos y castísimos amores. Vos lo sabeis, Madre mia; no hace aún dos años que está al frente de su diócesis, y dos son ya las veces que se ha puesto á la cabeza de vuestros hijos, conduciéndolos á millares ante vuestras imágenes venerandas, siquiera haya tenido para ello que subir las laderas de montes casi inaccesibles (64). Bendecid á todos cuantos han promovido para honra vuestra y de la Iglesia y de la España católica esta gallarda manifestacion de sentimientos católicos y españoles. Bendecid á la ilustre Corporacion municipal, que en el dia de hoy no ha querido ceder á nadie su puesto de honor. Bendecid con largas bendiciones, Madre mia, al venerable clero de Agreda y al de su tierra (65). Está defendiendo vuestro alcázar, y es forzoso que haya de rebatir grandes ataques de vuestros enemigos. Bendecid al hijo insigne de la nobleza española, á cuyos antepasados escogisteis Vos para hacer á Agreda tantas mercedes (66). Bendecid á Agreda, Madre mia, á vuestra Agreda, y bendecid

con ella á todos esos pueblos que forman vuestra corte de honor cuantas veces os dignais recorrer vuestras calles para derramar á manos llenas vuestros reales beneficios. Bendecidnos á todos cuantos aquí nos hemos congregado, para que con Vos nos congreguemos en el cielo.

En Vos esperaron nuestros padres, esperaron en Vos y los librásteis. En Vos, Madre mia, en Vos esperamos tambien nosotros; no quedaremos jamás confundidos. Amen.

NOTAS.

(1) Pág. 24.—Agreda es la antigua Ilurci ó Illurcis, de origen ibero. Sempronio Graccho (180-179 a. de J. C.) la conquistó después de obstinadísima resistencia, y la escogió para centro de sus operaciones, fortificándola y hermoseándola. Fué desde entonces municipio romano, con derecho de acuñar moneda, de la que hoy se conocen tres clases. Durante la dominacion romana llevó el nombre de Gracchuris, que le dió su conquistador.—Cayó en poder de los árabes, y fué reconquistada y nuevamente perdida varias veces. El rey don Sancho, que la tomó en 912, le cambió el nombre de Gracchuris por el de Agreda. (Véase el *Diccionario* del Sr. Madoz, y Mariana, *Historia de España*, lib. II, cap. 26).

(2) Pág. 25.—«La maestria en el manejo del idioma le ha valido á la Venerable el honor insigne, como dice el Sr. Silvela (D. Francisco), de figurar en el *Diccionario de Autoridades*.» En efecto, ya desde la primera edicion del *Diccionario de la Academia*, publicado en 1726, se ve entre las obras clásicas del siglo XVII «*La Mistica Ciudad de Dios*, de la venerable Sor María de Jesús de Agreda.»—Para que puedan formar alguna idea de su maravillosa sabiduría los que no hayan leído sus obras, me contentaré con trasladar aquí algunas de las palabras que en 6 de Mayo de 1667 escribia el entonces obispo de Tarazona, Excmo. é Ilmo. Sr. D. Miguel de Escartin. Dice así el venerable Prelado: «Cuando en aquella primera parte (de la *Mistica Ciudad*) entré en la declaracion de los instantes de las prefniciones y decretos de Dios, quedé poseído de admiracion por ver tan alta y sutil teología tratada por una mujer con la mayor claridad, concisión y erudición que hasta ahora han alcanzado las escuelas y sus mayores doctores y maestros, quedando en esto enseñados que lo que dijeron tantos y tan bien pudo decirse mejor; y lo que hasta este tiempo ha parecido mucho, ha podido ser más en la pluma de esta prodigiosa escritora. Habiendo visto después las otras dos partes ha crecido mi suspension, admirando en ellas,» etc. Después prosigue: «No podrá la calumnia más maliciosa imputarle no ser suya esta obra, por no ofrecerse sujeto á quien prohibirla... Algunos doctores llegaron á comunicar esta Sierva de Dios, con vana curiosidad, y salieron de su presencia enseñados y confusos... La leccion de los Santos, la declaracion de las dificultades mayores de la Escritura y misterios de nuestra santa fe eran su conversacion y lenguaje ordinario; con que podemos creer era el dedo de Dios el que guiaba aquella dichosa mano en lo que escribia. (Aprobacion del Excmo é Ilmo Sr. D. Miguel de Escartin, etc. Va al frente de la *Mistica Ciudad*).»

(3) Pág. 26.—*Mistica Ciudad de Dios*, 3.^a parte, lib. VII, cap. xvii, n. 359.

(4) Pág. 26.—*Ibid.*, n. 358.

(5) y (6) Pág. 26.—*Ibid.*, n. 359.

(7) Pág. 26.—Véase el citado Sr. Madoz.—En esta iglesia se conservan algunas espaldas de N. D. Redentor.

(8) Pág. 27.—Véase la nota I.

(9) Pág. 27.—Cuando el impío Daciano desterró de Zaragoza á los cristianos, y una vez salidos de la ciudad les fué al alcance y dió muerte á los que hoy venera la Iglesia con el nombre de los *Innumerables* Mártires de Zaragoza, un número considerable de ellos fué alcanzado junto á Agreda, santificando aquel suelo con su sangre. Los cristianos allí sacrificados llevaban consigo una imágen de la Santísima Virgen, que se conserva hoy todavía en Agreda, y es venerada en su capilla del antiguo convento de San Julian (actualmente derruido como tantos otros monumentos) con el nombre de Nuestra Señora de los Mártires. Allí se conservaban á los lados del altar de la Santísima Virgen una gran porcion de huesos de aquellos Santos. (Véase el P. Jaci, *Aragon, reino de Cristo y dote de María Santísima*, part. 2.^a, pág. 447 (Zaragoza, 1739). (Véase tambien el citado señor Madoz).

(10) Pág. 27.—Donoso Cortés, Obras, t. 3, pág. 21. (*Juicio crítico sobre el curso de Historia de la civilizacion de España*, por D. Fermin Gonzalo Moron).

(11) Pág. 27.—Ibid., pág. 20.

(12) Pág. 27.—Ibid., pág. 21.

(13) Pág. 28.—En Enero de 1186 reuniéronse en Agreda Alfonso VIII de Castilla y Alfonso II de Aragon para tomar algunas determinaciones contra D. Pedro Ruíz de Azagra, señor de Albarracin, que á ninguno de ellos queria rendir vasallaje. (Mariana, lib. XI, cap. 16. Gebhardt, parte III, cap. 27).

(14) Pág. 29.—Trae esta carta, digna de todo aprecio, Cavanilles en su *Historia de España*, t. 2, cap. 8, desde la pág. 255.—El arzobispo D. Rodrigo escribe por su parte: «E en el pendon de la provincia de Toledo estaba la imágen de la bendita é gloriosa Virgen Santa María, amparadora de España. E al golpe que llegó el pendon de la imágen de Santa María, los moros que fasta aquella hora estovieron fuertes é recios, luego volvieron las espaldas é comenzaron á fuir, é los cristianos firiendo é matando en ellos muy cruelmente de grandes feridas.» etc. (Véase Cavanilles, lugar citado, pág. 263, tomado de los *Anales eclesiásticos de Jaen*, por Jimeno, el cual lo copia del manuscrito de D. Rodrigo, que se conserva en Bilches).

(15) Pág. 29.—Aparisi y Guijarro, tom. 2, pág. 29. Rectificacion de 27 de Enero de 1859 en el Congreso.

(16) Pág. 29.—Pueden verse Mariana, Cavanilles, etc., etc., y Donoso, *Apuntes sobre los reinados de menor edad*, t. 3, pág. 44. Casó D. Jaime en Agreda, á la edad de doce años, con D.^a Leonor, tia de San Fernando. El mismo dia se armó caballero en Tarazona (año 1221). Conquistó á Mallorca en 1228, á Valencia en 1238 y á Murcia en 1266. Murió en 1276.

(17) Pág. 29.—Véase el P. Francisco Garcia, S. J. *Discurso del Patrocinio de la Santísima Virgen Maria en España*. Va inserto en la *Vida y Misterios de la Santísima Virgen Maria* del P. Rivadeneira (Madrid, 1879)

(18) Pág. 29.—El sepulcro del príncipe D. Alfonso es uno de los cuatro que se ven en el presbiterio de aquel templo monumental. Se halla al lado de la Epístola, inmediato al altar, frente al sepulcro del príncipe D. Pedro de Atarés, fundador del monasterio. Murió D. Alfonso en Calatayud en 23 de Marzo de 1260; fué enterrado en Veruela, hallándose presente á sus exequias su madre D.^a Leonor.

(19) Pág. 30.—P. Villafañe, S. J. *Compendio histórico de las milagrosas imágenes de María Santísima*, tomo V, págs. 156 y sig., edicion de Lérida, 1877. Imágen de Nuestra Señora de los Reyes de Sevilla.

(20) Pág. 30.—Véase el citado P. Francisco Garcia en el mencionado *Discurso*.

(21) Pág. 30.—Id., id.

(22) Pág. 30.—Donoso Cortés, tomo 3, artículos publicados en el *Foro*, «Pio IX,» párrafo I, *Italianos y españoles*, pág. 147. Las palabras del Marqués de Valdegamas son és-

tas: «Todas las naciones civilizadas nos rindieron vasallaje: la Italia fué vencida; la Francia humillada; la Alemania cayó bajo nuestro imperio; la Inglaterra, protegida por las tempestades, si no sujeta, quedó á lo menos turbada y temerosa. Los españoles pusieron sus fronteras en donde la civilizacion habia levantado sus columnas.»

(23) Pág. 31.—*Mística Ciudad*, lug. citado, n.º 360.

(24) Pág. 31.—Aparisi y Guijarro: sesion del Congreso de 7 de Diciembre de 1861. (Sus obras, tom. II, pág. 146).

(25) Pág. 31.—Oprimido el emperador Carlos V por los turcos que asediaban á Viena, pidió tropas á los príncipes alemanes: los protestantes se las ofrecieron con la única condicion de que les dejara la libertad de conciencia, á lo que contestó el Emperador: «No quiero reinos tan caros como esos; con esa condicion no quiero á Alemania, Francia, España é Italia, sino á Jesús crucificado.» (*Discurso sobre el engrandecimiento y decadencia del pueblo español*, etc., pronunciado en Deusto en 8 de Mayo del 89, por D. José Maria de Montenegro. V).

(26) Pág. 31.—Id., id., VI.

(27) Pág. 31.—*Cartas de la venerable Madre Sor Maria de Ágreda y del señor rey D. Felipe IV*, precedidas de un bosquejo histórico por D. Francisco Silvela. Carta del 15 de Febrero de 1647 (CXV de la coleccion, pág. 188; las palabras citadas se hallan en la pág. 190 del tomo 1.º).

(28) Pág. 32.—Id., carta de 26 Mayo de 1646 (LXXVI, pág. 120).

(29) Pág. 32.—C. de 22 de Mayo de 1645 (XX, pág. 30, t. 1.º).

(30) Pág. 32.—C. de 6 de Julio de 1657 (CDLXXIII, pág. 485) tom. 2.º En 26 de Junio de 1645 le decia: «Aseguro á V. M. que quisiera tener en mi vida todas las de los mortales por darlas por esta causa, y en mi ánimo el de todos los hombres para ayudar á V. M. (XXV, pág. 41, t. 1.º).» En la carta de 17 de Febrero de 1636 le escribe estas palabras: «La persecucion de la Santa Iglesia y trabajos de esta Corona juzgo por una misma causa... Opóngase V. M. á los franceses, y pelee contra los herejes pidiendo la asistencia del Altísimo, y que confunda los designios de tan rebeldes adversarios. (CDXLI, pág. 411, t. 2.º)» Y en 1.º de Enero: «¡Quién pudiera á costa de mi sangre desvanecer los designios de los herejes de Inglaterra y Francia! (CDXXXVII, pág. 405).» Y en 4 de Abril: «Pueblo del Altísimo son los vasallos de V. M. donde se profesa lo puro de la fe, donde tiene sus regalos y delicias; nos sustentamos con la fe, con ella y por ella vivimos; pues no ha de olvidar el Todopoderoso á los que le confiesan... donde descansa (á nuestro entender) de las ofensas de los idólatras, turcos, judíos y herejes. (CDXLV, pág. 420).»

(31) Pág. 32.—Carta de Madrid, 5 de Marzo de 1658. (CDLXXX, pág. 520, t. 2).

(32) Pág. 32.—Carta fechada en Madrid á 2 de Julio de 1658. (CDXCIV, pág. 533).

(33) Pág. 33.—C. de 22 de Mayo de 1645. (XX, pág. 30, t. 1).

(34) Pág. 33.—Cesar Cantú, lib. XVII, cap. XIII.

(35) Pág. 33.—«Este ha de ser templo y casa mía, mi propia herencia y posesion... quedará aquí esta columna... que perseverará y durará con la santa fe hasta el fin del mundo. (*Mística Ciudad*, parte 3.ª, lib. VII, cap. XVII, n. 352).» «Nuestro Apóstol... le pidió (á María Santísima) el amparo de este reino de España con especial proteccion, y mucho más de aquel lugar consagrado á su devocion y nombre. Todo se lo prometió. (*Ibid.*, n.º 354).»

(36) Pág. 33.—*Mística Ciudad*, lug. citado, n. 359.

(37) Pág. 34.—Fué muy extraordinario el interés que excitó la publicacion de la *Mística Ciudad*.

En vida de la Venerable fué sometida su obra al exámen y aprobacion de Juan de Santo Tomás, insigne expositor del Doctor Angélico; del Nuncio Rospligiosi y del Cardenal César Monti, y antes de darla á la prensa otra vez se la sometió á una junta de eminentes teólogos, que invirtió cinco años en su exámen. Salió la primera edicion en Madrid en 1670, cinco años después de la muerte de su autora. Suscitó su aparicion innumerables polémicas, especialmente en Roma y París. La Sorbona, como en otras cuestiones capi-

tales, también en ésta se distinguió por sus desaciertos, condenando la *Mística Ciudad* después de haber invertido treinta sesiones, nada menos, en discutir la doctrina de la Venerable. Esta censura ocasionó protestas de las Universidades de Salamanca, Lovaina, Tolosa y de otros muchos Colegios mayores que aprobaron la obra, publicándose principalmente en España y Francia multitud de impugnaciones contra la Sorbona, que no se atrevió á sostener su censura. Hablaron en favor de esta obra verdaderamente admirable los Pontífices Inocencio XI, Clemente X, Alejandro VIII, Clemente XI, Benedicto XIII y Benedicto XIV y los más eminentes teólogos. Las ediciones que hasta el presente van hechas apenas pueden enumerarse. Puede verse el *Bosquejo* ya citado del Sr. Silvela.

(38) Pág. 34.—Para convencerse del amor con que la Venerable trabajó toda su vida por la Virgen Santísima y muy especialmente por el misterio de la Purísima Concepcion, basta leer su *Mística Ciudad*, ó sus cartas, ó su vida. Puede verse también la nota 51.

(39) Pág. 34.—De esta carta daba el Rey cuenta á la Venerable y le enviaba copia, en carta que le escribe desde Zaragoza á 15 de Mayo de 1645. La que fué enviada á Inocencio X está fechada en Madrid á 13 de Febrero de 1645, y puede leerse en el apéndice n.º 2 del tomo I de la citada coleccion.

(40) Pág. 34.—Enviaron Juntas á Roma con el encargo especial de trabajar para que se adelantara la definicion dogmática de este misterio adorable, tanto Felipe III como Felipe IV y también la ciudad de Sevilla. (Documentos relativos al dogma de la Inmaculada, publicados por la Revista religiosa de *El Siglo Futuro* y en varios pasajes de las cartas de Felipe IV).

(41) Pág. 34.—En 1617, á 21 de Agosto, Breve de Paulo V *Sapientissimus Dominus noster*, accediendo á las súplicas de España prohibiendo sostener la opinion contraria á la Inmaculada Concepcion en sermones, lecciones, conclusiones y otras disputas públicas. En 1622, á los 24 de Mayo, decreto *Sapientissimus Dominus* de Gregorio XV, extendiendo y agravando la anterior prohibicion. Se dió á instancias de Felipe IV. En 1631, Constitucion XVII de Urbano VIII *Sancte et Immaculate*, disponiendo que en España se celebre el Oficio con rito doble. En 1644, Constitucion XXI de Inocencio X, *In his*, concediendo á España que hiciese fiesta el dia de la Concepcion. Por último Alejandro VII, á instancias de Felipe IV, concedió que en España se celebrase Misa y Oficio con octava, de precepto, de la Concepcion purísima de Maria. (Véanse los documentos citados en la nota precedente).

(42) Pág. 34.—La Bula es de 8 de Diciembre de 1661. Las palabras que Felipe IV escribió á la Venerable son éstas: «Estoy contentísimo de la Bula que el Papa nos ha concedido sobre la Purísima Concepcion de Nuestra Señora, pues todos dicen que es la más favorable que se ha expedido, de que he dado infinitas gracias á su benditísimo Hijo, y espero que hemos de ver muy adelantado este negocio santo. (DLXXI, t. 2.º, pág. 675).»

(43) Pág. 34.—Comunicábale el Rey á la Venerable esta grata noticia en fecha 30 de Diciembre de 1652. Decíale: «Muy viva anda estos dias aquella devocion de la Concepcion Purísima de Nuestra Señora, pues estando juntos los Capítulos de las tres Ordenes militares, han hecho juramento y voto de defender la pureza de su purísima é inmaculada Concepcion; yo hice y le hice en mi capilla y presencia (de) la de Santiago. Espero que éste ha de ser el medio más poderoso para que su bendito Hijo nos ayude en las ocasiones presentes. (CCCXL, pág. 206, t. 2.º).»

(44) Pág. 34.—Nació la Venerable el 2 de Abril de 1602 y murió el 29 de Marzo de 1665. El orden y fecha con que estas ciudades hicieron el voto es como sigue: Palencia, 8 de Diciembre de 1615; Sevilla, 8 de Diciembre de 1617; Granada, 31 de Diciembre del mismo año y en 1618; Salamanca, Barcelona y Valladolid, en 2 de Mayo, 29 Noviembre y 8 Diciembre respectivamente; Zaragoza, 18 Marzo 1619; Segovia, 8 Diciembre 1621; Madrid, el mismo dia y año; Avila, 4 de Setiembre 1622; Badajoz, 12 Junio 1649; Toledo, 1 Marzo 1653; Valencia, 1 Junio 1653; Burgos, 27 Julio 1693. (Documentos á que hace referencia la nota 40).

(45) Pág. 34.—Carta de Zaragoza á 23 Junio de 1646. (LXXXII, pág. 130, t. 1.º).

(46) Pág. 34.—Carta de Madrid á 15 de Noviembre de 1644. (XIV, pág. 21, t. 1.º) Decía el Rey: «Si yo tuviera la dicha de ser medio para hacer este servicio á Nuestra Señora, viviera y muriera con el mayor consuelo del mundo, y ofrezco de muy buena gana á sus piés mi vida, si con ella hubiera de conseguir esta dicha, que aunque he sido y soy malo, siempre he tenido particular devocion con la Reina del cielo, y espero que por su medio é intercesion he de conseguir la salvacion de mi alma, el acierto en el gobierno de estos reinos, y la paz y quietud de la cristiandad.»

(47) Pág. 35.—En 1732. El 11 de Octubre del mismo año contestó al Papa alabando tan buenos deseos y confirmando las Constituciones anteriores, especialmente las de Alejandro VII.

(48) Pág. 35.—D.ª María Teresa de Austria, hija de Felipe IV, casó con Luís XIV al ajustarse las paces. De su hijo el Delfín nació Felipe V. Las siguientes palabras que desde Francia escribía á Sor María en 29 de Julio de 1662, dicen claramente el aprecio en que la Reina tenia á la Religiosa, y los consuelos que de ella recibia: «El otro día recibí una carta vuestra de 28 de Junio, que fué para mí de gran gusto y consuelo por saber que estais buena, que con eso llevo mejor la soledad que paso de no tener tan á menudo noticias vuestras, como cuando estaba en España; y así cuando recibo carta vuestra es para mí de gran alegría, y os pago muy bien lo que me amais, porque os quiero mucho y estimo infinito lo que me encomendais á Dios, que con eso espero que alcanzaré lo principal, que es la salvacion. (Apéndice n.º 8 de la mencionada Coleccion).»

(49) Pág. 35.—Véase la *Protestacion pública, peticion, etc.*, que se inserta al fin de la *Mística Ciudad* (tomo 7, pág. 341).

(50) Pág. 35.—IV, pág. 10.

(51) Pág. 35.—Trae esta Bula el P. Francisco García (S. J.) en el discurso citado en la nota 17. En 22 de Junio de 1660 le decia la venerable Madre al Rey: «Señor mio, muchos años há que he deseado tres cosas con grande anhelo y conato, y he pedido al Altísimo que yo las viera ejecutadas antes de morirme. Son, la primera que la Corona de V. M. tomase por patrona y protectora á la Reina del cielo; la segunda, que se ajustasen las paces entre Francia y España; la tercera, que se definiese por artículo de fe la Purísima Concepcion. Las dos cosas, ya por la bondad de Dios las veo cumplidas... falta la tercera, de la Concepcion de María Santísima. Suplico á V. M. me avise qué estado tiene esta materia, y si le parece á V. M. que ejecute un deseo que repetidas veces he tenido de escribir á Su Santidad, como lo hice por las paces, que es voluntad de Dios que se defina por artículo de fe este misterio de la Inmaculada Concepcion. (DXL, pág. 621, t. 2).»

(52) Pág. 35.—Fecha en Madrid (CDXCVII, pág. 541, t. 2).

(53) Pág. 35.—Nuestra Señora de los Remedios es venerada con gran devocion en la iglesia de San Juan, y es llevada procesionalmente todos los años en vez de la imágen de los Milagros, que no sale sino en casos extraordinarios; las iglesias de Santa María de la Peña y Santa María de Magaña son filiales respectivamente de las parroquias de San Miguel y de los Milagros. La Venerable fué bautizada en Santa María de Magaña el 11 de Abril de 1602. De la ermita é imágen de Nuestra Señora de los Mártires hemos hecho mencion en la nota 9. El convento de la Concepcion, fundado por la Venerable, ha sido visitado por Felipe IV, Carlos II, D. Juan de Austria, las reinas D.ª Ana de Neuburg, viuda de Carlos II, y D.ª María Luisa de Saboya, esposa de Felipe V, y otros muchísimos nobles y personajes distinguidos. La Virgen del Coro es otra de las imágenes de más veneracion de Agreda. Está en el coro del citado convento ocupando «la silla de Prelada y altar del coro.» como dice la Venerable. Fué allí colocada por sor María y su Comunidad, en testimonio de haber sido elegida la Santísima Virgen Prelada perpetua del convento, «contra lo cual, dice, ninguna de nuestras sucesoras puede sustentar ni pretender algun derecho ó accion, etc. (Véase la *Protestacion, etc.*, á que hace referencia la nota 49).» Otras muchas imágenes de María Santísima se veneran en Agreda, como son las de los Desamparados, Pilar, etc.

(54) Pág. 35.—Todos los años acuden á Agreda miles de devotos á honrar á la Virgen

de los Milagros el día de su fiesta. Son muchos los pueblos, tanto de Castilla como de Aragón y Navarra, que le tienen suma veneración.

(55) Pág. 36.—Las fechas de estas romerías son: Nuestra Señora de la Luz (Murcia), 21 Mayo de 1888; Begoña, 12 Mayo de 1889; Agres, 26 de Mayo; Veruela, 30 de Junio; Moncayo, 15 de Agosto; Valvanera, 15 y 16 de Setiembre.

(56) Pág. 36.—Como es sabido y puede leerse en su vida, la Venerable predicó milagrosamente la fe más de quinientas veces en Nuevo Méjico, de manera que sin salir de su celda, se encontraba trasladada á aquellas remotas tierras, donde obró muchísimas conversiones, teniendo después conocimiento de aquella region y de sus habitantes, y éstos á su vez conociéndola á ella perfectamente, como testificaron los misioneros que allí predicaron más tarde. (*Relacion de la vida de la Venerable*, por el P. José Jiménez Samaniego, § XII).

(57) Pág. 36.—*La Mistica Ciudad* ha sido traducida al francés, italiano, latin, griego, árabe, polaco, inglés, etc. Véase el *Bosquejo histórico* del Sr. Silvela, XV, pág. 238.

(58) Pág. 37.—La primera vez que se le apareció la Virgen Santísima, tomó la figura de la imágen de los Mártires, y poco antes de morir la Venerable, se le apareció bajo la forma de Nuestra Señora de los Milagros.

(59) Pág. 38.—Carta de Sor María, de 29 de Noviembre de 1647 (CLVI, pág. 263).

(60) Pág. 38.—Entre los muchísimos testimonios que, á más de los ya citados, fuera fácil aducir en confirmacion de la gran piedad de Felipe IV, particularmente en los últimos veinte años de su vida, nos contentaremos con recordar estas palabras de la Venerable Madre, que contienen un cumplidísimo elogio: «En la Iglesia de Dios es sólo V. M. el de más vivo celo para ayudarla y defenderla. (Carta de 18 de Enero de 1647. CXIII, pág. 182, tomo 1.º).»

Y para que se vea cuánto trabajo tomaba sobre sus hombros el Rey, después de la caída del Conde-Duque de Olivares, puede leerse este pasaje: «Yo, sor María, no rehusó trabajo alguno, pues como todos pueden decir, estoy continuamente sentado en esta silla con los papeles y la pluma en la mano, viendo y pasando por ella todas cuantas consultas se me hacen en esta Corte y los despachos que vienen de fuera, resolviendo las más materias allí inmediatamente, procurando se ajuste el dictámen que tengo más ajustado á la razon: otros negocios de mayor peso y que piden más inspeccion para resolverlos, remito á diferentes ministros, para, habiéndolos oído, resolver lo que tengo por más conveniente. En fin las últimas resoluciones no pasan por otra censura etc. (Madrid 30 de Enero de 1647. CXIV, pág. 186).» Añádanse á estos trabajos los viajes á Zaragoza, Valencia, Pamplona, etc., con ocasion de la guerra y de arbitrar medios, y se podrá formar alguna idea de lo que fué la vida de aquel Monarca en el último período.

(61) Pág. 38.—En 20 de Noviembre de 1647 (CLV, pág. 261 tomo 1.º) decia desde Madrid el Rey á Sor María: «Vuestra carta del 15 de éste acabo de recibir saliendo de comulgar, que por ser víspera de Nuestra Señora he querido festejarla con este ejercicio.» En la carta próxima escribia Sor María alabando tan santa obra, y después de las palabras á que hace referencia la nota 60, añadía: «Suplico á V. M. que todas las (fiestas) que la Iglesia militante tiene de la Virgen Santísima, las celebre y festeje V. M. de esta manera. (Loc. cit.)» A lo cual en 4 de Diciembre contestaba el Rey, con la delicadeza y fina atencion que le distinguia: «Yo quisiera no haber acostumbrado, años há, el celebrar las festividades de Nuestra Señora confesando y comulgando en ellas, y ayunando las vigiliias, para hacerlo desde hoy porque vos me lo pedís; pero como á los pecadores no nos queda otra puerta por donde conseguir el perdon, sino su intercesion santísima, he deseado siempre ser humilde devoto para que me la conceda á la hora de mi muerte. Lo que de aquí adelante haré, por cumplir con lo que me pedís, será procurar hacer estos actos con más atencion y devocion; y pues vos me lo aconsejais, es menester que me ayudeis con vuestras intercesiones y oraciones. (CLVII, pág. 264, desde Madrid).»

(62) Pág. 38.—Alocucion de N. S. Padre Leon XIII, pronunciada en el consistorio de 30 de Junio de 1889 con motivo de la ereccion de la estatua de Giordano Bruno.

(63) Pág. 38.—Estaba el excelentísimo señor Obispo girando personalmente la visita á todos los pueblos de la diócesis.

(64) Pág. 38.—En 6 de Junio de 1889 hizo la entrada solemne en la capital de su obispado; el 15 de Agosto del mismo año presidió la peregrinacion al Moncayo, con motivo del XIII Centenario de la Unidad católica.

(65) Pág. 38.—Comprende la tierra de Agreda los pueblos de Aldehuela, Añavieja, Beraton, Castilruiz, Conejares, La Cueva, Dévanos, Fuentes, Fuentestrún, San Felices, Matalabreras, Muro, Montenegro, Olvega, Valdelagua y Vozmediano; los cuales reconocen como á su patrona á la Virgen de los Milagros, y tienen obligacion de asistir á las procesiones cuantas veces haya de salir públicamente la milagrosa Imágen.

(66) Pág. 38.—El excelentísimo señor Marqués de Velamazán, á cuya casa pertenece la Imágen, como se dice en la relacion que va inserta en este opúsculo. Estaba representado por su señor tío D. Carlos de Cereceda y Gómez de la Serna.





SERMON PREDICADO POR EL P. JUAN MELÉ.



*Tu gloria Jerusalem, tu letitia Israel, tu
honorificentia populi nostri.*

(JUDITH, xv, 10).

LA horrible, la sangrienta é implacable guerra declarada por Lucifer á la Majestad de Dios allá en lo más alto de los cielos, sigue aún después de cerca seis mil años. Desde entonces, no sólo no ha cesa donunca, sino que sigue cada vez más encarnizada. Mil y mil veces derrotado, Satanás comienza siempre de nuevo la lucha; nunca se da por vencido.

La que hoy se está riñendo, mis amados, es terrible, espantosa, general y de gravísimas consecuencias. Trabaja el infierno, pero la Iglesia trabaja también. Luchan los malos con increíble osadía y con infernal constancia; pero la Iglesia no se duerme, sino que lucha con no menos ardor y entusiasmo.

Si los malos se juntan y asocian para el mal, también los buenos se juntan y asocian para el bien. Si los malos celebran consejos nacionales, pero diabólicos, presididos invisiblemente por el mismo Satanás, también los buenos celebran congresos santos, presididos por Jesucristo é informados por el Espíritu Santo. Al diabólico Centenario de Volter, mortal enemigo de Jesucristo, oponen los buenos el Centenario de San Agustín, gran Padre de la Iglesia, y de un Calderón de la Barca, gran dramático cristiano. Al diabólico Centenario de Lutero, padre del Protestantismo, oponen el de Santa

Teresa de Jesús, gran madre de la Reforma Carmelitana. Al diabólico Centenario de la Revolucion francesa opuso la España, hace poco, el Centenario de la Unidad católica.

¿Quién vencerá en este combate formidable? Hermanos míos, por lo que mira á España (lo digo con indecible alegría y plena convicción) vencerán la Iglesia, vencerán los buenos. Sí; porque pueblos en que se dan espectáculos de fe y de piedad como los que habeis presenciado en esta población pocos dias há; pueblos que aman con tanto entusiasmo á María, no pueden perecer, no pueden ser vencidos ni por todo el infierno junto. ¿Por qué? Porque María es su protectora, y María es esforzada y poderosa como un ejército puesto en órden de batalla; es la que mata y acaba con todas las herejías; es, digámoslo de una vez, la Virgen de los Milagros, y, si para defender la fe de España son necesarios mil, un millon, mil millones de milagros, los hará, que poder tiene para ello. Confianza, pues, mis amados, y pelead con valor. Y, para más aumentarla en vosotros, ved aquí el asunto de que voy á tratar.

María, desde el principio de la Iglesia, vela por España y la protege con maternal solicitud. Así que, con más razon que los hijos de Betulia, podemos los españoles decir á nuestra Reina y Señora: Tú eres la gloria, tú la alegría, tú el honor de nuestro pueblo.

A Vos, Virgen de los Milagros, acudo en este instante, para suplicaros humilde, que os digneis bondadosa asistir y favorecer á un hijo de vuestro Corazon, que os invoca. Ayudadme, Madre mia; asistid tambien á mis oyentes, y, para más obligaros, juntos os saludamos diciendo:

Dios te salve, María.

Habiendo decretado la Divina Sabiduría edificar para sí un templo ó palacio, esto es, la Iglesia, era muy conveniente que, siendo María Madre de esta misma Sabiduría, contribuyese más que nadie con su ayuda y proteccion á abrir los cimientos, sentar las bases, erigir las columnas y perfeccionar la obra de tan maravilloso edificio, destinado á subsistir hasta el fin del mundo, á pesar de todas las tempestades que contra él suscitara el averno. Por esto, después de haber concurrido Ella más que nadie con sus fervorosas oraciones á conseguir la venida del Espíritu Santo, para la espiritual renovacion de los Apóstoles, asistió tambien á la division que del mundo hicieron entre sí aquellos enviados evangélicos; antes de separarse unos de otros, los exhortó, los esforzó y animó con sus consejos, y les prometió perpetuamente sus auxilios y eficaz proteccion. Durante los años que sobrevivió á la Ascencion de su amado Hijo, no fué otro su anhelo que promover

esta grandiosa obra, fortalecerla contra el infierno, y asegurarla para que jamás el furor del abismo pudiese prevalecer contra ella, destruir sus muros ó debilitar siquiera sus fundamentos.

Hácia todas partes llevaba María su celo; pero nuestra España de tal manera experimentó las preferencias amorosas de su Corazon, que, á la verdad, al ver las demás naciones á la Santísima Virgen tan empeñada en favorecer á los españoles, han podido tener de nosotros una santa envidia, y con razon ciertamente, porque *Non fecit taliter omni nationi*: á ninguna otra nacion ha dispensado favores tan singulares como á la española.

Efectivamente. Era España la region más occidental del imperio de los Césares, y un tal alejamiento parecia exponerla á recibir más tarde que las demás naciones el beneficio del Evangelio. Pero la Providencia, que comunica alas á la fe, dispuso que mientras Santo Tomás iba á predicar al extremo del Oriente, Santiago fué á extender el reino de Jesucristo por las regiones más occidentales del mundo conocido. Antes, empero, de ponerse en marcha, quiso ir á postrarse, como los demás Apóstoles, á los piés de la Santísima Virgen, para recibir su bendicion. Fué, y cuál no seria su gozo al oir de su boca estas celestiales palabras: «Marcha, hijo mio, cumple el mandato de tu Maestro, y en aquella ciudad de España en que mayor número de almas conviertas á la fe, edificarás un templo á mi memoria, conforme á lo que á su tiempo te manifestaré.»

¡Oh, qué palabras tan consoladoras! ¡Cuán grabadas quedan en el corazon del Santo Apóstol! ¡Qué entusiasmo, qué valor no le comunican! ¡Ah! Enardecido por ellas, ya no hay obstáculo que no supere, no hay dificultad que no venza, ni peligro á que no se exponga. Ya sabe que los habitantes de esta tierra del valor y de la independencía, durante siglos y siglos se han sostenido en heroica lucha contra el poder colosal de cartagineses, griegos y romanos; ya sabe que en cien y cien combates han sabido abatir la pujanza de los Anibales y derrotar las aguerridas huestes de los Césares; ya sabe, en fin, que es tan indomable su valor, que antes que rendirse al yugo del extranjero opresor, prefirieron perecer entre las ruínas de Numancia y de Sagunto; pero no importa. Santiago no por eso se amedrenta, no se acobarda. El poder de la fe que predica y la promesa tan consoladora de María, le animan y dan esfuerzo para emprender la conquista de su reino, que tan del agrado era y del honor de María. Más de una vez el traidor Cartaginés y el ambicioso Romano retrocedieron con asombro ante los Gtolacios, Orisones y Viriatos, y ante todo español que, resuelto á defender su hogar, su familia, su libertad é independencía, se oponia con teson á cuantos intentaban conquistar su codiciado suelo; pero nuestro Santo no por eso se espanta: solo, sin más armas que la cruz de Jesu-



cristo, sin más influencia que la de su fe, sin más poder que el de la verdad; pobre, humilde, pero lleno su corazón de la confianza que le infunde la promesa de María, penetra en España, recorre los pintorescos valles de Asturias y Galicia, y no pára hasta las márgenes del Ebro, en el sitio en que se levanta la inmortal Zaragoza. Aquí se detiene, á los pies de sus muros se postra, ora con fe por la conversión de aquellos gentiles, clama á Dios, pide luz y gracia, recuerda á María la promesa que le hiciera, y en lo más ferviente de su oración, hé aquí que entre melodías inefables y angélicos acentos, oye estas dulcísimas palabras: *Ave María, gratia plena, Dominus tecum* (1). Lleno de asombro é inundado su corazón en un mar de dulzura, levanta los ojos, mira... ¿qué era? ¡Ay! era María, era la misma Virgen de los Milagros en persona, que se le aparecía bella, radiosa, encantadora como una visión del cielo, para darle aliento y ayudarle en la obra grandiosa de la conversión de España. ¡Qué dicha! ¡qué consuelo! Desde entonces María, la Virgen de los Milagros, ya no abandonó jamás á nuestra patria. ¿No es verdad, mis amados, que no ha hecho jamás otro tanto con nación alguna? ¡Oh! sí, sí; Tú eres, oh María, la gloria, Tú la alegría, Tú el honor de nuestro pueblo.

Pero no creais, H. M., que eso es todo; eso no es más que el principio de los favores de María á los españoles. Al establecer su trono en nuestra nación, no ha sido otro su intento que el de derramar á manos llenas sobre nosotros la plenitud de todos los bienes de que es dispensadora; ha querido franquearnos las puertas de su maternal Corazón, dándonos á entender que podemos acudir á Ella en todas las necesidades de la vida, seguros de encontrar siempre acogida favorable, protección decidida y socorro eficaz. Ha querido, en fin, darnos á entender que tomaba á España por su cuenta, y que velaría por la misma con la tierna y amorosa solicitud de una Madre cariñosa. ¡Oh! y ¡qué bien lo ha hecho! Más de mil ochocientos años, transcurridos desde entonces, son evidente testimonio de ello.

Mientras María no pisó el suelo español, la España, ciegamente aferrada al paganismo, fué siempre un terreno ingrato, en el cual todos los sudores y desvelos de Santiago no pudieron conseguir que arraigase la hermosa y celestial planta de la Religión de Jesucristo. Pero, desde el momento en que María, la Virgen de los Milagros, fijó en ella su trono, hizo aquí tales y tan grandes progresos la fe, que ya en el año 64 de la Era cristiana se la reputaba como el campo más florido de la Iglesia. Ya en el siglo II hablaban de España San Ireneo y Tertuliano como de una de las más prin-

(1) Relación tomada de la que se conserva, según dicen, al final del antiguo Códice de los libros morales de San Gregorio, que existe en el archivo del Pilar de Zaragoza.

cipales conquistas del Crucificado, cuya Religion santa habian abrazado sus naturales. Como se disipan las tinieblas á la presencia del sol, así se deshecieron para siempre, á la presencia de María, las densas nubes del gentilismo. Desde entonces la España pagana, la España idólatra, pasó á ser, gracias mil sean dadas á esa celestial Señora, la España católica, la España religiosa por excelencia, la España de María; y los que hasta aquel momento se habian mostrado tan reacios y rebeldes á la fe, se convirtieron en sus más acérrimos defensores y propagadores. ¡Cuánto milagro! ¡cuánto prodigio!

Al mismo tiempo que se predicaba la Religion cristiana en España, se predicaba tambien en Africa y en Asia, y en Europa y en el mundo entero: *In omnem terram exiit sonus eorum*; en todas partes llegó á establecerse; pero ¡qué suerte tan diversa ha sufrido! En el Africa y en el Asia apenas echó raíces, cuando un viento abrasador como fuego marchitó, secó, tronchó esa hermosa vid. La Iglesia de Constantinopla tuvo que pasar por la vergüenza de ver sentados en su sede á los Nestorios, los Sergios y Macedonios, herejes. La de Antioquia no pudo librarse de los Paulos de Samosata, Eulalios y Pedros Nafeo, herejes tambien; y la de Jerusalem ¡quien lo creyera! la misma Iglesia de Jerusalem tuvo que contemplar con pena sentados en su sede á los Salustios, Arsenios y otros herejes. Y en la misma Europa, ¿qué suerte ha sufrido la Religion? ¡De cuántos pueblos ha sido arrancada! ¡cuántas naciones la han arrojado de sí! ¡cuántas la han cruelmente perseguido! Nuestra España, empero, la centinela avanzada de la Religion, no sólo no ha vacilado nunca en su fe, sino que ha sido siempre, desde el principio, su más constante y decidida defensora y propagadora.

Nó, no temais, M. A., por la Religion católica en España, porque María la defiende, y mientras pueda contar con la proteccion y amparo de la grande y poderosa Virgen de los Milagros, no hay que temer. ¿Se levantarán acaso para acabar con su fe los Neronés y todos los príncipes del averno, armados de terrores, de suplicios y de la muerte misma? No temais, que María la protege. Ella hará prodigios y portentos mil, si son menester; infundirá valor á sus hijos, y al momento los Lorenzos, los Valerianos y Vicentes, las Eulalias, los Emeterios y Celedonios, los Justos y Pastores, los Optatos y Marciales, los Urbanos y Quintilianos, las Engracias y Julias, y cien y cien más saldrán á la palestra, desafiando á todo el poder del infierno, y los veréis dar sin cobardía su sangre generosa en defensa de la fe. Y veréis que de todas partes saldrán á millares los cristianos á pelear valientes por la misma. Hombres, mujeres, débiles niños, achacosos ancianos, todos se convertirán en heroes de la Religion cristiana. Nó, no hay que te-

mer, porque, si aún esto es poco, pueblos enteros de fieles, que por su gran multitud se llamarán innumerables, saldrán de la inmortal Zaragoza y de la ilustre Agreda y otros puntos, los cuales, alimentados á los pechos de María y alentados por Ella, ahogarán con su sangre al paganismo, y, sucumbiendo, triunfarán, y con ellos la fe. ¿Intentarán acaso los herejes ofuscar el brillo de la misma, esparciendo sus errores con solapada malicia? No temas, que todo será en vano. Contra los Arrios suscitará María los Osios de Córdoba, que les impondrá perpetuo silencio, y los Leandros y Recaredos, que acabarán para siempre con ellos en España. Contra los Novatos suscitará los Pacianos de Barcelona; contra los Priscilianos, los Toribios de Palestina, y contra los Nestorios y herejes todos, una multitud de Concilios en Toledo, Zaragoza, Barcelona, Salamanca, Lérida y otros puntos, donde los Isidoros, los Leandros, los Fulgencios, los Julianos, Ildefonsos, Osorios, Eleuterios, Vegas, Canos, Torquemadas, Laínez, Sotos y cien más, no sólo dejarán á la Religion triunfante de la herejía, sino que la cubrirán además de gloria y esplendor. Podrá el bárbaro y sensual Mahometismo invadir nuestra España, podrá inundarla en sangre cristiana y española; pero no importa: ni siete siglos de dominacion serán bastantes para torcer la fe de los hijos de María, ni siquiera debilitar su entusiasmo por la misma. Podrá la Europa casi entera contaminarse con las falsas doctrinas de Lutero y de Calvino; podrán algunos teólogos, españoles degenerados, importarlas á su patria; pero no importa: todos los esfuerzos que hagan para propagarlas se estrellarán contra el gran poder de María, que la defiende, y, gracias á la que ha destruido sola todas las herejías del mundo, podrá, por último, congratularse de haberse librado de las horribles convulsiones y trastornos por que pasaron la Alemania, la Francia, Inglaterra y otros países. ¿Podrá alguna otra gloriarse de otro tanto? Digamos, pues, con los hijos de Betulia: Tú, Tú eres, ¡oh María! la gloria, Tú la alegría, Tú el honor del pueblo español.

Más aún. No sólo ha sido María la que ha conservado siempre en todo su esplendor la brillante antorcha de nuestra fe, sino que es tambien la que ha protegido siempre la integridad de nuestro suelo, y la que ha dirigido y vigorizado el brazo guerrero de los españoles en las batallas que han emprendido contra los enemigos de nuestra Religion y de nuestra patria.

Cuando los feroces sarracenos, merced á la traicion y al apoyo que les diera la maldita raza judaica, lograron apoderarse por completo de España, el gran Pelayo, puesto al frente de un puñado de valientes, transformados en leones por su valor, sale de la memorable cueva de Covadonga, y arrojándose sobre miles y miles de moros, los vence en cien combates; pero es después de haber orado á los piés de María, es ayudado y protegido de la po-

derosa Virgen de los Milagros, que, haciéndolos en gran número, iba delante de él llenando de terror y espanto á sus enemigos, y defendiéndolo de los dardos y saetas, que, estrelladas en su broquel, rebotaban para herir de muerte á los mismos que las tiraban. Triunfa Fruela I de un ejército de más de cincuenta y cuatro mil moros, la mitad de los cuales quedan á sus piés muertos ó heridos; pero es porque pelea con él Aquella cuya imagen, fijada en un real estandarte, era el alma de su valor. Destroza Alfonso el Casto un ejército de más de setenta mil moros, pero es con el auxilio de Aquella que aplastó la cabeza de Lucifer, y cuya prodigiosa imagen llevaba siempre á la cabeza de sus escuadrones como guion de sus tropas. Y si Alfonso I el Batallador, rey de Aragon, gana veinte y nueve batallas campales á los moros; si D. Jaime el Conquistador arranca del poder de los sarracenos el reino de Valencia y las islas Baleares, y logra contar el número de las victorias por el de las batallas; si Alfonso VIII, en compañía de los bravos reyes de Aragon y de Navarra, destroza y aniquila en las Navas de Tolosa, nada menos que á medio millon de moros; si Alfonso XI tiñe en sangre sarracena las aguas del Salado; si San Fernando arroja casi por completo á los moros de nuestra patria, y los Reyes Católicos logran, por fin, rendir el último baluarte de los Zegríes y Abencerrajes, ¿á quién se debe? ¿Por ventura no es á Aquella de quien tan devotos eran, á quien con tanto fervor invocaban, así en tiempos de paz como de guerra, cuya imagen llevaban siempre consigo en las batallas, y á quien tantos santuarios, tantos templos, ermitas y catedrales consagraron, enriqueciéndolos con regia munificencia? ¿No es Aquella á quien sólo Jaime I de Aragon edificó hasta dos mil templos?

Sí, y Ella es también la que, ensanchando prodigiosamente los límites de su amada España, lleva triunfante al gran cardenal Cisneros al Africa, donde, con admiración y alegría de toda la Europa, se apodera de Oran, después de haber derrotado numerosos ejércitos. Ella la que inspira al gran Colon para ir en busca de nuevos imperios y de nuevos mundos, con que engrandecer á España; Ella la que lo alienta en medio de las mil dificultades que se oponen á sus proyectos; Ella la que lo conduce por entre peligros y escollos mil en su buque, cuyo nombre es Santa María, y la que lo pone en posesión de aquellos nuevos mundos, precisamente el mismo día en que la Virgen de los Milagros en persona se había aparecido á Santiago, 12 de Octubre de 1492; Ella, en fin, es la que dirige y vigoriza el brazo de los ilustres Pizarros, Figueroas y Velázquez, y sobre todo del bizarro Hernan Cortés con otros cien y cien, á quienes, de victoria en victoria, y de triunfo en triunfo, fué llevando hasta la completa conquista de reinos tan dilatados, que el sol en su carrera encontraba siempre playas españolas que ilu-

minar. ¡Qué grande y qué poderosa hizo á España su amada Reina, la Virgen de los Milagros!

Y, no sólo extendió sus dominios de una manera gigantesca é increíble, sino que la hizo también poderosa y temible á todos los enemigos del nombre cristiano y español. Italia, Alemania, Inglaterra, Holanda, Flandes y sobre todo Francia, temblaron á su presencia y experimentaron en mil combates sangrientos el gran poder de la nación católica por excelencia. Cefalonia y Seminara, Cerignola y Canosa, Pavía y Gaeta, San Quintín, con otras cien y cien ciudades, pueblos y castillos, son y serán siempre testimonios elocuentes de la bizarría de los españoles, y su recuerdo la confusión y pesadilla de todos los enemigos de España.

Sí, atrevido el Islam y respirando odio, se lanza sobre Europa para vengar su pérdida de dominación en España y anegar en sangre el nombre cristiano, ¿quién es el que le sale al encuentro y logra poner límites á sus conquistas y espantosas devastaciones? ¿No es España, la nación de María? ¿No es ella el instrumento de que se vale para triturar en las costas africanas las armadas hacedas del Corán, y para humillar la soberbia y pujanza del gran corsario, terror de los mares, Barbaroja? ¿No es España la que en las aguas de Lepanto abate por completo el poder de la media luna, consiguiendo la más perfecta victoria naval que registran las historias sobre la más formidable armada turca que vieran los mares sobre sus espaldas? Sí, todo esto es obra de María, de María que, constituida en Capitana y Generalísima de las tropas españolas, se valía de ellas, ya para tener á raya la ambición de unos, ya para castigar la rebeldía é impiedad de otros, ya, sobre todo, para infundir el terror y el espanto en los turcos y en los protestantes, terribles enemigos de la Iglesia.

Pero, vengamos á tiempos más recientes, para concluir con un hecho muy notable entre mil. Cuando á principios de este siglo el gran bandolero y ladrón de tronos y de coronas, Napoleón I, se apoderó, valiéndose de la más negra perfidia y vil traición, de casi toda nuestra Península, cautivó con dolo á nuestros Reyes, ocupó las principales fortalezas del reino, y robó todo el oro y plata y cuanto precioso pudo haber de nuestras catedrales, colegiatas, templos y museos, ¿quién sino María fué la que, despertando en los pechos españoles la indignación y odio santo contra el pérfido usurpador, hizo que la nación entera se levantase como un solo hombre, arrollase, venciese y cubriese de baldón y de ignominia al orgulloso domador de las naciones europeas? ¿Quién sino la Virgen de los Milagros hizo ese gran prodigio de infundir en los españoles tanto valor, tanto heroísmo que, sin más murallas que sus generosos pechos, contuviesen á las águilas imperiales y á las legiones invencibles de Ulma y Austerlitz en Gerona y en Bailén? ¡Ah! ¡María!

sí, la Virgen de los Milagros es la que hizo ese gran prodigio, y por Ella España venció en el Bruch, en Gerona, en Bailen, y, gracias á su celestial y visible proteccion, no sólo desterró de su suelo las águilas francesas, sino que logró herirlas de muerte en el corazon. Francia quedó abatida y humillada, y el gran ladron de coronas extranjeras, quedó sin la suya propia. Y en fin, ¿quién sino Ella acompañó y protegió á los españoles en la gloriosa campaña que á mediados de este siglo inmortalizó los nombres de Tetuan, los Castillejos y Wad-Ras? Ella, sí, Ella, cuyos escapularios llevaban casi todos los soldados, fué la que les infundó tanto heroísmo, y así lo reconocieron cuando terminada la campaña edificaron un templo á María con el título de Nuestra Señora de las Victorias, en accion de gracias. ¡Oh! desconocerlo sería ingratitud imperdonable. María ha sido siempre la valiente Jael contra los enemigos de Israel español. Ella la esforzada Judit y la prudente Débora contra todos los enemigos de la nacion privilegiada, y así, justo, muy justo es que con entusiasmo sumo digamos como los hijos de Betulia: «Tú, Tú eres, ¡oh María! la gloria, Tú la alegría, Tú el honor del pueblo español.»

No es posible, mis amados, no es posible extendernos ahora en nuevas consideraciones, porque de otra suerte nos seria fácil presentar á María promoviendo y elevando á grande altura las ciencias y las bellas artes por medio de sus devotos. Porque Ella es la que iluminó á sus amantes Leandro, Isidoro, Idefonso y á todos aquellos santos y sabios Obispos que tan célebres se hicieron en tantos concilios. Ella es la que ilustró á los piadosos y sapientísimos Suárez, Soto, Laínez, al devotísimo Santo Tomás de Villanueva y á tantos centenares que tanto brillaron en las Ordenes religiosas, en los Cabildos catedrales y en las Universidades nacionales y extranjeras. Ella, la celestial musa que inspiraba á los célebres poetas Fr. Luís de Leon, Herrera, San Juan de la Cruz, Bernardo del Carpio, Lope de Vega, Calderon y los dos Argensolas; Ella el bello ideal que suministraba milagrosas concepciones y movia el pincel del inmortal Murillo, de Velázquez y otros. Ella, en fin, el tipo y la regla de la asombrosa arquitectura de Herrera, y... pero dejemos esto, que seria nunca acabar.

Y no hay para qué decir que Ella ha sido y continúa siendo el socorro y el paño de lágrimas para todos los españoles que con el debido fervor acuden á Ella. ¡Cuántas veces ha librado sus campos de sequías, de pedriscos, de insectos y demás calamidades! ¡Cuántas veces ha convertido su hambre en hartura, su miseria en abundancia, sus contagios en repentina salud, y el cáliz amargo de las iras divinas en deliciosa copa de consolacion! ¡Qué más pudo hacer María por España que no lo haya hecho...! ¡Ah! repitamos una vez más con el mayor entusiasmo: «Tú eres ¡oh María! la gloria, Tú la alegría, Tú el honor del pueblo español.»

Ahora bien, mis amados. Después de esto ¿habrá todavía quien dé lugar á desconfianza y á pesimismo desconsoladores? Nó, no temais, que la fe de España no morirá. La lucha con el infierno podrá ser larga, podrá ser reñida, pero no triunfará, porque aún vive la que aplastó la cabeza de la serpiente maldita; aún vive la poderosa Virgen de los Milagros, para seguir protegiendo á nuestra España. Y de que sigue protegiéndola, es prueba bien patente lo que todos estamos viendo. El infierno ha vomitado todas sus furias contra esta pobre nacion; Gobiernos detestables é impíos se han apoderado de la misma con la diabólica intencion y firme propósito de no cejar hasta destruir en ella todo sentimiento religioso. No se ha perdonado medio para obtenerlo: la prensa, el teatro, la tribuna, la litografía, todo se ha puesto en juego. Las mismas Autoridades, los mismos tribunales de justicia, los mismos Gobiernos se han convertido no pocas veces en opresores de la verdad y de la virtud, y se han puesto al servicio de la impiedad y del vicio; y, sin embargo, hasta hoy no han podido gloriarse de haber triunfado. ¿Cómo se explica esto? ¡Ah! ved ahí un gran prodigio de la Virgen. Ahí tenéis una prueba palpable de la proteccion que nos dispensa, porque sin ella ¿dónde estaria nuestra fe? ¿dónde nuestra Religion, atendidos los diabólicos medios empleados para arrebatárnosla? ¡Ah! nada habria quedado de ellas.

Fuera, pues, hermanos míos, fuera temores exagerados; fuera sombríos y pesimistas augurios. España podrá verse de mil maneras afligida, vejada, perseguida, pero no hay cuidado. Por último ella triunfará de todos los enemigos de su fe y de sus glorias, porque la protege María, y María es la Virgen de los Milagros, y para España no los ha escaseado nunca.

Vino en persona, haciéndolos muy grandes, para tomar posesion de la misma, con promesa á Santiago de no abandonarla nunca. Ha suscitado en ella mártires innumerables é insignes, que han sellado con su sangre la Religion santa de Jesucristo; la ha llenado de Santos, de doctores ilustres, de maestros sapientísimos, que en cien Concilios, en las Universidades y cátedras santas han combatido todos los errores y todas las herejías, y han cubierto á la Iglesia de gloria y esplendor; la ha favorecido con héroes sin número, grandes reyes y afamados generales, por medio de los cuales la ha librado de moros y de protestantes, y de reyes y naciones ambiciosas, ensanchando además sus términos con reinos y naciones y mundos nuevos, hasta hacerla la primera nacion de la tierra. ¿A qué temer, pues?

Hermanos míos. Mientras amemos á María, mientras viva María en nuestros corazones, y se vea honrada con nuestra devocion, no hay que temer, porque con María va siempre Jesús, y Jesús es todo bien. Y ¿es cierto que la devocion á María está muy viva aún entre los españoles? Que lo digan Zaragoza, Montserrat, Begoña, Valvanera, el Puy, Moncayo y todos los

pueblos y ciudades de España. Pero sobre todo, decidlo vosotros, ¡oh hijos de Agreda! ¿Amais á María? ¡Ah! ¿qué no haríais por vuestra Virgen de los Milagros? Si alguno os la quisiera arrebatar ¿acaso lo podría conseguir? ¿No la defenderíais con vuestra sangre y vuestra vida? ¿No es verdad que la teneis grabada en vuestros corazones? ¿que no os olvidais de Ella, que ningun dia dejais de rezarle, y que en todos vuestros males y desgracias en contras un grande alivio con sólo contarle vuestras penas?

Sí, todavía hay en España amor á María, y ese amor es lo que la ha de salvar. Procurad, sobre todo, que no disminuya y que sea verdadero, no mezclado con pecados. Fuera de entre vosotros toda blasfemia; fuera toda profanacion de fiestas; fuera toda impureza, toda injusticia, todo crimen, y si esto hacemos estamos salvos.

¡Oh María, Virgen de los Milagros! Yo os doy gracias mil por los muchos con que habeis favorecido á la hispana nacion, y os suplico que sigais favoreciéndola siempre. Libradla, Señora, de tanto error, de tanta herejía como ha sembrado en ella el infernal enemigo, y devolvedla aquella grandeza y esplendor de que la rodeásteis en otros tiempos. Favoreced tambien, y de un modo particular, á esta poblacion que tanto os ama, que tan enamorada vive de Vos. Cuando alguno de estos hijos vuestros venga á vuestras plantas á contaros y á pedir os el remedio de sus penas, ¡Madre mia! enjugad sus lágrimas, consoladlo, dadle lo que os pida, si le conviene, y, si no le conviene, dulcificad siquiera sus amarguras, ensanchad su pecho y aliviad su pena con el bálsamo de la esperanza... Compadecedos, Madre, de los trabajos tan grandes por que pasamos todos en este valle de lágrimas; libradnos de tantos males, de tantos peligros de alma y cuerpo, y no nos dejeis, Virgen Santísima, hasta vernos salvos y gloriosos en las eternas moradas de la gloria, que deseo para mí y para todos. Amen.





HISTORIA CRONOLÓGICA
DE LA IMÁGEN DE
NTRA. SRA. DE LOS MILAGROS DE ÁGREDA.

GRANDE, grandísima es la devoción y singular el amor que á nuestra Patrona profesan numerosos pueblos de Navarra, Aragon, Rioja y Castilla; religioso y saludable el respeto con que es mirada, y profunda la veneración que se la tributa. ¿Hay alguna razón que explique tal admiración? ¿Hay hechos que determinen el por qué atrae esta Imágen hácia sí tantos corazones?

Preguntadlo á las comarcas antedichas y á los pueblos de tierra de Agreda más especialmente, y os responderán que esa tiernísima devoción obedece á la fe é ilimitada confianza con que acuden en todas sus necesidades en demanda de consuelo á esta Madre de misericordia, porque jamás se han visto defraudados; por eso el amor que la tienen raya en delirio, por eso el entusiasmo no puede contenerse en sus pechos cuando so-

breviene una época en que la Señora se manifiesta en público con todo su esplendor, con todo su aparato, con toda su majestad; por eso, en fin, el acontecimiento extraordinario de su Romería en los días de su festividad en el año actual rebasó los límites de la razón (permítasenos la frase), y el entusiasmo fué locura, pero locura santa y envidiable, locura producida por fervido cariño hácia nuestra Madre, y que se manifestaba con un solo y compendioso grito que se escapaba á un tiempo de todos los corazones: ¡Viva la Virgen de los Milagros!

Sólo un amor tan grande y tan santo puede unir tantas voluntades y puede agrupar á tantos individuos, que movidos como por resorte abandonan sus hogares, y á pié y descalzos emprenden largas caminatas hasta llegar á visitar á la Reina de sus amores, y ¿á dónde? á un rincón de Castilla que Dios favoreció para obrar en él grandes maravillas y ser la admiración de las gentes. Y como pruebas palmarias de esta singular predilección podemos aducir la preciosa sangre con que regaron su suelo los innumerables Mártires de Zaragoza, cuando perseguidos por los soldados del cruel Daciano llegaron hasta nuestras puertas: la venerable abadesa Sor María de Jesús, autora de la *Mística Ciudad de Dios*; consejera de Felipe IV, sin pretensiones de serlo, en las circunstancias más azarosas de la monarquía; modelo de literatura; mujer heroica por sus virtudes, y mirra de oro para enriquecer la historia patria...; y sobre todo, la venerada imágen de Nuestra Señora de los Milagros que Dios deparó á nuestra villa, según podemos ver en esta breve historia cronológica, tomada de documentos que obran en el archivo parroquial.

Corría el año 1347 de la era cristiana, y con él la dulce y tranquila existencia de un pastorcillo, como suele ser siempre la vida del campo, que en compañía de otros zagales y mayores guardaba un ganado en un prado de Extremadura, ó orillas del río Matachel, rebaño perteneciente á un noble y católico caballero, que residía en Gracurris (Agreda).

Estos pastores observaron cierto día que de las cristalinas aguas del Matachel, cual espejo que refleja los rayos solares, salían unos destellos luminosos, que no podían confundirse ni ser atribuidos á ilusión óptica, motivo que les indujo, así como á los habitantes de los pueblos cercanos, á descubrir su misterio ó á inquirir la causa de tan prodigioso efecto; pero nada pudieron conseguir, porque su revelación estaba reservada al aludido pastorcillo, sin duda porque Dios se sirve generalmente para estas grandes obras de humildes é inocentes instrumentos, cual aconteciera con la aparición de la Virgen de Lourdes á la pobre Bernardita; y en efecto, en la segunda feria de la primera dominica después de Pentecostés, entrada ya la noche, se aproximó nuestro jóven á las orillas del río, y creyó ver una ma-

trona sentada muy cerca de sí, vision que en seguida desapareció, hallando en su lugar una caja que encerraba la preciosa imágen de la Santísima Virgen María.

Lleno de respetuoso gozo, enajenado de alegría y llevado de un piadoso celo por el culto de la Virgen, sin contar con los medios, ni con sus compañeros, ni reparar tampoco en la gran distancia que lo separaba de Yanguas, de cuyo pueblo era natural, y confiando solamente en el patrocinio de su soberana mercancía, coloca sobre un jumento, que allí pacía, la misteriosa caja, y acto continuo se puso en camino, á las nueve de la noche, pero ¡oh prodigio! ¡cuál no fué su asombro al verse en las cercanías de Yanguas al declinar la tarde del día siguiente! Nueva sorpresa recibió al observar que no podía penetrar en su pueblo, porque á ello se oponía un río crecido, que le cerraba el paso, y como comprendiese que no era allí donde la Virgen, que tan gozoso porteaba, queria fijar su trono, se dirigió á Gracurris, donde llegó el día de la cuarta feria, ó sea, la víspera del *Corpus* al medio día.

Presentó á su amo la preciosa caja y le hizo relacion del hallazgo, y pasado á la vez que lleno de entusiasmo el buen caballero, reunió á su piadosa familia, y postrados todos con respeto sumo, descubrieron y adoraron con la mayor devocion la Imágen recien venida, acordando colocar á la Señora en la iglesia de San Martin, que fué restaurada por los yangüeses cuando vinieron á ser pobladores de Agreda, y de cuyo templo era patrono el ilustre señor Marqués de Velamazán.

Así sucedió: concluidas las vísperas del *Corpus* acudieron las Autoridades y Cabildo, acompañados de todo el pueblo, á saludar este don que el cielo les deparaba en tan amorosa Madre. Al llegar la procesion, el dichoso noble la llevó en sus hombros hasta entregarla á las Autoridades por medio de un acta: un grito de gozo y ternura resonó entre los gracurrenses al ver tan morena como majestuosa Imágen; una tierna aclamacion con el título de Nuestra Señora de los Rios ó de Yanguas con que fué saludada, iba acompañada por los armoniosos ecos de instrumentos y timbales, el clamoreo de las campanas, y el respetuoso canto de alabanzas y de gracias al cielo y á la Señora, que fué colocada en la capilla mayor de la iglesia de San Martin, á la pública veneracion del agradecido pueblo que, con maternal amor, habia preferido con repetidos milagros.

Los piadosos gracurrenses aumentaron su devocion á Nuestra Señora de Yanguas, por los grandes prodigios con que los favorecia en sus necesidades, notándose que éstos eran más frecuentes y señalados en los días del *Corpus*, en cuya procesion salia la Señora acompañando á su Divino Hijo.

El año 1527, pasando la procesion por cierto barrio extramuros de la

villa, en el que habitaban las familias de los moros neófitos, un joven llamado Juan de Medrano, que habia sido ya bautizado, no olvidando todavía sus erróneas creencias, cerró la puerta de su casa y se puso á trabajar en su oficio de zapatero, en menosprecio de aquel gran misterio; mas al llegar la imagen de Nuestra Señora de Yanguas á la puerta en donde se cometia aquel desacato, quedaron sin poder andar los que la llevaban, é inclinándose la Santísima Virgen hasta torcerse los hierros con que iba asegurada, abrióse con estrépito la puerta, y quedó manifiesta con este milagro la traicion de aquel enemigo de la santa ley que habia profesado.

Grande fué el estupor de todos los pueblos que acudieron á la fiesta del *Corpus*, al ver tan portentoso castigo, que aumentó la veneracion de Agreda y su tierra, hasta al punto de proclamarla Patrona tutelar con el nuevo título de Nuestra Señora de los Milagros, cuyo acto fué aprobado por Su Santidad Paulo III, señalando su festividad el sábado siguiente al *Corpus*, en memoria de su aparicion ó venida y repetidos milagros.

De otros milagros se sabe por tradicion y realizados en épocas no remotas, pero que por causas que ignoramos pasaron sin que se abriese informacion oficial.

El del zapatero Medrano produjo la reforma de costumbres y conversion de los sectarios. Demolida la casa en que tuvo lugar el acontecimiento, se edificó en su solar una capilla para eterna recordacion, colocando en ella una pequeña imagen de Nuestra Señora de los Desamparados, á la que baja la procesion el día de la Patrona, y esta Señora sólo sale ó se saca en circunstancias extraordinarias, siendo experimentado que siempre oye á su pueblo, concediendo lluvia cuando hay sequia, cediendo las enfermedades cuando la comarca se encuentra asediada por la peste, y hallando la salud los cojos y tullidos que á su proteccion recurren.

¡Haga la Señora que esta Romería sea fecunda y provechosa para los intereses de la Iglesia, para las necesidades temporales y para la beatificacion de su sierva sor María de Jesús de Agreda, si es conveniente y del agrado de su benditísimo Hijo! Amen.





CRÓNICA DE LA ROMERÍA ⁽¹⁾



AL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS MILAGROS DE AGREDA.



HACER la reseña de esta gran manifestacion católica que han llevado á cabo millares de devotos de la Virgen Santísima que con el título de los Milagros se venera en la villa de Agreda, situada á las faldas del elevado Moncayo, es tarea superior y difícil de cumplir por la variedad de escenas interesantísimas y la importancia suma que han revestido todos sus actos; pero aún dados estos inconvenientes, tampoco es cosa de guardar silencio, ni dejar de publicar un acontecimiento que ha contribuído al mayor culto de María Santísima, y que en las páginas de la ya gloriosa historia agredana se conservará como uno de los hechos más salientes y dignos de esculpirse con letras de oro.

Sí, esta Romería ha servido para demostrar que Agreda y su comarca, Navarra y Aragon, la Rioja y Castilla la Vieja, son pueblos católicos de verdad, y que por esta misma razon necesitaban una ostensible manifestacion de su decisiva fe, de su inquebrantable amor á la Virgen, de su completa sumision á la Iglesia, representada en su Pontífice Leon XIII, y en esta diócesis en su dignísimo prelado Excmo. Sr. Dr. D. Juan Soldevila.

(1) Publicada en el *Boletín eclesiástico de Tarazona*.

Prueba de ello fué el recibimiento que todos los fieles, que ya en Agreda se encontraban el día 6 de Junio por la tarde, dispensaron á su amado Pastor, los que apiñados á lo largo de la carretera de Aragon, esperaban con avidez el momento de divisar á lo lejos los carruajes de la ilustre comitiva turiasonense. El golpe de vista que ofrecia la multitud de gentes, entre las que figuraban clero, Ayuntamiento, Autoridades judicial y militar, Juntas de la Virgen y gestora de la Romería, Hermandad del Santo Cristo de la Veracruz, con su uniforme estilo de la Edad media, Cofradías restantes de la villa y Congregaciones de María y de San Luís, no podia ser más sorprendente ni más curioso. En todos los rostros se pintaba un solo deseo, y todas las miradas convergían á un punto. Ya, por fin, de todos los corazones se escapa un grito de júbilo, ya llega el señor Obispo, ya se preparan por verle mejor, y tan pronto como Su Excelencia echa pié á tierra, un caluroso «¡Viva el señor Obispo!» brota de todos los labios, y esta aclamacion no cesa durante el trayecto que ha de recorrer el acompañamiento hasta el templo espacioso de la Virgen de los Milagros. No es fácil presenciar otra recepcion más entusiasta ni tan numerosa.

Ya en la iglesia y revestido Su Excelencia Ilustrísima en el altar improvisado que se tenia dispuesto en el cancel, penetró en el templo bajo palio, entonando el *Veni Creator*, y procedió á la apertura, segun ritual, de la santa visita pastoral, terminada la que, subió al púlpito y pronunció una exhortacion elocuente y preparatoria, siendo frenéticamente vitoreado por las cuatro mil almas que le escucharon, habiéndose oído tambien vivas á la fe católica y á la Virgen de los Milagros.

El aspecto que ofrecia el templo no podia ser más suntuoso: la venerada Patrona, que en su camarín, profusamente iluminado, se encuentra artísticamente colocada bajo cielo azul tachonado de estrellas, parecia una ascua resplandeciente que comunicaba fuego y valor á todos sus devotos, para librar las batallas del Señor; de sus bóvedas altísimas pendían bandas multicolores, que en lazos caprichosos se distribuían por sus paredes, y variedad de arañas, esparcidas y simétricamente colocadas, daban al templo una majestad y elegancia como merecian los actos y funciones que habian de celebrarse los dias siguientes 7 y 8, señalados para la gran Romería á este Santuario.

El Prelado fué acompañado á su casa-hospedaje (convento de la Concepcion) en la misma forma que fué recibido, y asimismo obsequiado por la orquesta, siendo despedido por el señor Gobernador civil de la provincia, Coronel del tercio de la Guardia civil, clero, Comision del Cabildo catedral de Tarazona, Ayuntamiento de esta villa, Juez, y las diversas Juntas y Comisiones.

El convento de la Concepcion ostentaba en su severo edificio un precioso

arco de follaje, iluminado con sumo gusto; á la entrada de Agreda por la carretera de Aragon, se levantaba otro con una inscripcion que decia: «La villa de Agreda á su dignísimo Prelado en su primera visita;» otro en honor de la Patrona habia colocado en la portada del templo, que llamó poderosamente la atencion por su gran trabajo y sumo gusto: cada iglesia tenia el suyo, cada torre una bandera, y en honor de la primera Autoridad civil de la provincia se alzaba otro arco en la carretera de Soria, costado por el Ayuntamiento, como en el hospital provincial fué dedicado á María Santísima, al señor Obispo, al señor Gobernador y á los señores Diputados provinciales.

De diez á doce de la noche se quemó una bonita y variada coleccion de fuegos artificiales elaborados por el Sr. Cecilia, de Soria, que agradaron y entretuvieron, sobre todo los de música, por su gran novedad.

Desde las primeras horas de la madrugada del 7, comenzaron en todo los templos las confesiones, Misas y Comuniones, que fueron muy numerosas. A las seis de la mañana entraban los romeros de Tarazona perfectamente ordenados en procesion, cantando el Santo Rosario y llevando un precioso estandarte, y cada uno de sus individuos una medalla de la Virgen de los Milagros al pecho, como testimonio de tales romeros.

A las seis y media se vió en la misma forma al pueblo de Cintruénigo, acompañado de su convecino Fitero, y poco más tarde los pueblos de tierra de Agreda hasta diez y seis, que constituyen su vecindad, con sus cruces, pendones y estandartes iguales dedicados á la Romería, de rico raso blanco con adornos azules y franjas de oro.

Nada más original ni fantástico que ver en el espacioso templo la entrada de tanto pueblo y de tanta gente, mezclándose y confundiendo sus voces, unos cantando el Rosario, otros versos á María, quien gritando ¡Viva la Virgen! quien ¡Muera el pecado! y viéndose flotar tanto estandarte que venian á depositar á los piés de María, como prueba de respeto y devocion.

Serian las nueve de la mañana de este dia 7, cuando el señor Obispo llegó, y repletamente llena de fieles la iglesia y su placeta y avenidas, comenzó la Tercia solemne, y después la Misa pontifical con una solemnidad inusitada.

La capilla del Seminario de Tarazona interpretó á maravilla la gran Misa de Mercadante, acompañando con gran precision el organista Sr. Basurte en el órgano tan completo y rico que posee la iglesia, y que fué construido hace ocho años por los Sres. Roqués, de Zaragoza.

Cantado el Evangelio y en medio de la expectacion universal subió al pulpito portátil Fr. Pio Mareca, de la Orden agustiniana, sabio y elocuente predicador y honra de la Religion de San Agustin.

No podemos describir el sermón notabilísimo que pronunció, y sólo nos permitiremos decir que fué, como todo lo que sale de labios tan autorizados y magistrales, una oración sublime, en que demostró que todos cuantos genios ha habido en todos los ramos del saber humano lo han debido á la protección de María, por devoción que la tuvieron siempre; un discurso enciclopédico-biográfico en que se admiraba el talento envidiable y profundo. Jamás hemos visto poseído de mayor entusiasmo á ningún pueblo.

Después de terminada la Misa, Su Excelencia Ilustrísima dió, por expresa delegación del Padre Santo, la solemne bendición papal, momento supremo que llenó de júbilo á los hombres y á los Angeles, y que se grabó en aquel inmenso gentío que la recibiera.

A las tres de la tarde, y después de cantadas solemnes Vísperas, comenzó la procesion de Nuestra Señora de los Milagros. Marchaban por delante unos diez y ocho pendones y veinte y seis estandartes, más diversas banderas; seguían las cruces de los diez y seis pueblos de tierra de Agreda, concluyendo con las ocho de esta villa y sus ciriales. Abrían las alas muchísimos sacerdotes, la mayor parte párrocos, revestidos con roquetes ó sobrepellices; caminaban luego las Comisiones del Cabildo catedral y Juntas de Agreda y Tarazona; seguía la muy venerada imagen de los Milagros con un rico traje morado, y por último, presidía la procesion el excelentísimo señor Obispo de la diócesis, seguido del muy ilustre Ayuntamiento, que presidía el señor Gobernador civil: cinco guardias civiles daban piquete de honor á la Virgen, cerrando la marcha la música de la ciudad de Cascante.

Unas diez y seis mil almas acompañaban y presenciaban este desfile tan hermoso, al cadencioso canto rítmico *Ave, maris Stella, Dei Mater alma*. Pero al asomar por la puerta de la iglesia la Reina de Agreda y su tierra, un viva entusiasta é imponente se escapó de todos aquellos millares de pechos cristianos, que sentían y amaban con el ímpetu irresistible del amor divino; aclamación que se repitió durante el largo trayecto, y que formaba un armonioso concierto con el sonido de las campanas, de los cohetes, de la música y de los tambores. ¡Cuántas veces hubo que descansar por el empeño de las gentes en pasar por debajo de las andas! ¡Cuántos pañuelos tocarían el manto de la Imagen!

Por fin, y después de tres horas, pudo regresar al templo la venerada Patrona, siendo despedidos los pueblos de la vecindad en la misma forma que por la mañana se recibieron, y que es tradicional costumbre; siguiendo á continuación la novena de la Virgen.

Al siguiente día, 8 de Junio, tuvo lugar á la misma hora que en el precedente, solemne Misa con asistencia de nuestro Prelado, y que celebró un señor Prebendado de Tarazona, predicando el P. Ferreres, de la Compañía

de Jesús. Tomó por tema los versículos 4 y 5 del salmo XXI: *In te speraverunt patres nostri, et liberasti eos*, etc. Hizo una reseña de las glorias de nuestra patria, debidas al heroísmo de nuestros padres, á la unidad de la fe, y la proteccion de María. Habló del poder de la Virgen, y de su amor á la humanidad; nos aconsejó siguiéramos las huellas de nuestros antepasados, y fuésemos devotísimos de María, que siempre nos ayudará en nuestras necesidades; hizo la historia religiosa y civil de Castilla, Aragon y Navarra, que son los tres pueblos congregados por la devocion que profesan á María bajo el título de los Milagros y la de Agreda, ensalzando á una de sus glorias Sor María de Jesús, y que constituye uno de los objetivos de esta Romería. En suma, fué una oracion notabilísima por su fondo y por su forma; siendo aplaudido y vitoreado como lo fuera el P. Mareca en el dia anterior.

Por la tarde tuvo lugar la procesion de Nuestra Señora de los Remedios, imágen que se venera en la iglesia de San Juan Bautista de esta villa, y que todos los años se exhibe procesionalmente en el dia de la Patrona, terminando con este acto la peregrinacion, tambien espléndido y muy acompañado.

Veinte y dos estandartes colgados en el grandioso templo de los Milagros recordarán esta espléndida manifestacion á las generaciones venideras.

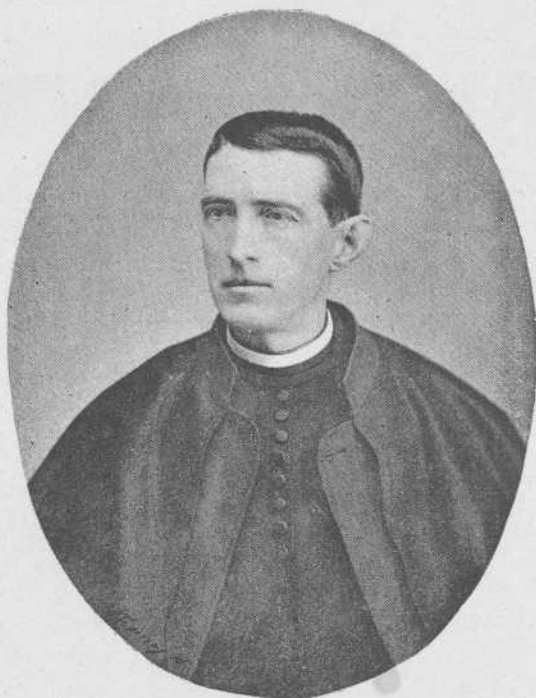
¡Ojalá que esta Romería sea fecunda en sus resultados, y que podamos ver pronto el triunfo de la Iglesia en el universo mundo, y satisfecho el legítimo y natural deseo de saber con seguridad completa que nuestra admirable paisana goza de la gloria de los bienaventurados!

Haced, Virgen Santísima, porque se cumplan y realicen nuestras plegarias.

Agreda, 13 de Junio de 1890.

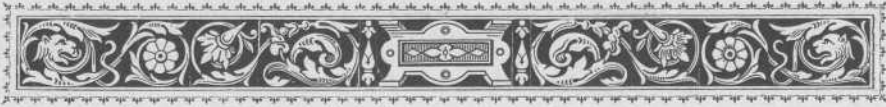
C. N.





RDO. D. TEODORO REMACHA,
ARCIPRESTE Y PÁRROCO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS MILAGROS.





JUNTA GESTORA DE LA PEREGRINACION

AL SANTUARIO DE NTRA. SRA. DE LOS MILAGROS DE ÁGREDA.

PRESIDENTE HONORARIO.—Excelentísimo señor Obispo de la Diócesis, Dr. D. Juan Soldevila.

PRESIDENTES EFECTIVOS.—Señores Párrocos de los Milagros y de San Miguel de Agreda, y señor Alcalde del muy ilustre Ayuntamiento de la misma villa.

VOCALÉS.—Señor Juez de primera instancia, señor Capitan de la Guardia Civil, señor Registrador de la Propiedad, señor Juez Municipal y señor Administrador de la Subalterna de Hacienda.

COMISION CONSULTIVA.—Sres. D. Pedro María del Rey, D. Juan Sánchez Valero, D. Melchor González y D. Casimiro Pérez.

COMISION DE PROPAGANDA.—Sres. D. Pedro Sanz, D. Donato Borobia, D. Ezequiel Tudela, D. Pablo Palacios, D. Joaquin Tudela y D. Cecilio Núñez.

COMISION DE ORGANIZACION RELIGIOSA.—Señores Sacerdotes de Ágre-da, y los Sres. D. Sebastian Logroño, D. Francisco Pardo, D. Gregorio Huerta y D. Marcos Ruiz.

COMISION DE HOSPEDAJES.—Señor Teniente alcalde primero, y los señores D. Gregorio Cabello, D. Manuel Lacal, D. José Blasco, D. Andrés Ca-

lavia, D. Santiago Vitoria, D. Blas Moreno, D. Tadeo Ruiz, D. Tomás Sevillano, D. Pedro Mayor, D. Benigno Ruiz, D. Manuel Ruiz, D. Julian Molero Ruiz, D. Francisco Pelarda, D. Manuel Mayor y D. Faustino Planillo.

COMISION DE ORNATO.—D. Andrés Gómez, D. Federico Jiménez, D. Timoteo Veintemillas, D. Estéban Fernández, D. Francisco Campos, D. Mariano Martínez, D. Pedro Val, D. Manuel Monteseuro, D. Leoncio Cacho, D. Félix Vitoria, D. Aniceto Ruiz, D. Andrés Cintora, D. Romualdo Lapeña, D. Cándido Royo, D. Andrés Lapeña y D. Gervasio Pascual.

COMISION COLECTORA.—D. Teodoro Remacha, D. Donato Pérez, don Pascual Hernández, D. Carlos Cereceda, D. Pedro M.^a del Rey, D. Vicente Cisneros, D. Cecilio Núñez, D. Patricio Aban, D. Manuel Zabalza, don Dámaso Abad, D. Angel Gómez, D. Juan Manuel Cámara, D. Isidoro Pelarda, D. Juan Cintora, D. Juan Pelarda, D. Epifanio Campos y D. Galo Ruiz.

TESORERO.—D. Pedro Sanz, párroco de San Miguel de Agreda.

SECRETARIOS.—D. Ezequiel Tudela y D. Pablo Palacios.





RDO. D. PEDRO SANZ SERRANO,

PÁRROCO DE SAN MIGUEL DE ÁGREDA.



CUENTA DE GASTOS CON MOTIVO DE LA ROMERÍA.



HECHOS POR LA JUNTA AUXILIAR DE TARAZONA.



	Pesetas.	Cts.
Por partidas fallidas.	9	75
Por géneros para la confeccion de los 17 estandartes con destino á los pueblos de tierra de Agreda, segun recibo número 1. . .	111	32
Por las varas de los estandartes, recibo número 2.	47	50
Por pintar y platear las varas, recibo número 3.	36	50
Por la impresion de programas, carteles y proclamas, segun recibo número 4.	118	25
Por el alquiler de coches para Comisiones, Capilla, Predicadores, etc., recibo número 5.	212	26
Por 345 varas de percalina para banderas, recibo número 6.. .	127	65
Por raso blanco y azul, franja de oro, agreman, borlas, etc., para estandartes, recibo número 7.	443	48
Por barniz copal, recibo número 8.. . . .	24	00
Por diferentes gastos en telegramas, fleco, papel plata, ganchos y anillas, agreman, medallas, etc., recibo número 9.	49	03

	Pesetas.	Cénts.
Por gastos de comisiones, amanuenses y viajes, etc., recibo número 10.	49	50
Por 59 paquetes de bujías, recibo número 11.	44	25
SUMA DE LO GASTADO EN TARAZONA. . .	1,273	48

GASTOS HECHOS POR LA JUNTA DE ÁGREDA.

	Pesetas.	Cts.
Por una comision á Velamazán, recibo número 1.	39	25
Por el trabajo de andamios, iluminacion, etc., recibo número 2.	75	25
Por velas y torcida, recibo número 3.	15	00
Por sellos de comunicaciones y papel, recibo número 4.	58	40
A la orquesta de Cascante, recibo número 5.. . . .	75	00
Jornales y salidas, recibo número 6	206	37
Sermon del dia 7.	80	00
Sermon del dia 8.	80	00
Por el hospedaje de los individuos de la Capilla.	275	00
Gratificacion á los mismos.	125	00
Por el arco de San Miguel.	24	62
Al herrero por sus trabajos.	17	00
Por viajes en comision.	8	00
Por calzadera é hilo laso.	20	32
Por papel de colores para adornar el templo.	9	00
A los comercios de esta villa, por varios géneros.	35	25
Gratificacion por el hospedaje del Prelado y otra insignificante por servicios especiales.	152	00
Por viajes hechos para gestiones de la Romería.	40	10
Portes satisfechos.	2	50
Sermon del dia de la octava.	65	00
SUMA DE LO GASTADO EN ÁGREDA. . .	1,403	06

RESUMEN DE GASTOS.

	Pesetas.	Cts.
Por la Junta de Tarazona.	1,274	48
Por la Junta Central de Agreda.	1,403	06
Impresion y tirada del <i>Recuerdo</i>	357	00
TOTAL DE GASTOS.	3,034	54
Ingresos por donativos.	2,798	65
Diferencia.	235	89

NOTA. Las existencias que resulten del producto de la venta del *Recuerdo*, se destinarán íntegras como limosna á la Virgen de los Milagros, entregándolas á la Junta de ornato y reparacion del templo de dicha Imágen.

OTRA. Todos los donantes que figuraron en la lista de ingresos podrán obtener el *Recuerdo* con un 50 por 100 de rebaja del precio á que se expenda.



ÍNDICE.



	PÁGS.
Licencia eclesiástica.	5
Prólogo.	7
Discurso del P. Pio Mareca.	15
Sermon del P. Ferreres, S. J.	23
Sermon del P. Juan Melé.	47
Historia cronológica de la Imágen de Nuestra Señora de los Milagros de Ágreda.	59
Crónica de la Romería al Santuario de Nuestra Señora de los Milagros. . .	63
Junta gestora de la Peregrinacion.	71
Cuenta de gastos con motivo de la Romería.	75

GRABADOS.

Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Juan Soldevila, obispo de Tarazona.	3
Altar principal del Santuario de Nuestra Señora de los Milagros.	12
La Ven. Sor María de Ágreda.	21
Hallazgo de la Imágen de Nuestra Señora de los Milagros.	59
Rdo. D. Teodoro Remacha, párroco de Nuestra Señora de los Milagros. . .	69
Rdo. D. Pedro Sanz Serrano, párroco de San Miguel de Ágreda.	73



